

"CADENAS ROTAS"

10003

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MARTIN BERRUEZO

Estrenada con clamoroso éxito

por la Compañía del Teatro Infanta Isabel, de Madrid

el día 11 de Agosto de 1925

en el

TEATRO VICTORIA EUGENIA, de San Sebastián



SAN SEBASTIAN

IMPRENTA Y ENCUADERNACION "LA VOZ DE GUIPÚZCOA"

Calle de San Marcial, 10

1925

"CADENAS ROTAS"

— : o o o : —

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MARTIN BERRUEZO

Estrenada con clamoroso éxito

por la Compañía del Teatro Infanta Isabel, de Madrid

el día 11 de Agosto de 1925

en el

TEATRO VICTORIA EUGENIA, de San Sebastián



SAN SEBASTIAN

IMPRENTA Y ENCUADERNACION "LA VOZ DE GUIPÚZCOA"

Calle de San Marcial, 10

1925

**JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO**

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. TORRÄS

N.º de la procedencia

3624

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado o se celebren en adelante tratados de propiedad literaria. El autor se reserva el derecho de traducción. Los comisionados y representantes de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados, exclusivamente, de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

MARGARITA	ANGELINA VILAR
MARIA LUISA	AMPARO MARTÍ
LA ABUELA	MARÍA BRÚ
CARMEN	MILAGROS G. GUIJARRO
ALFREDO	J. M. GALLARDO
LUCIO	ANTONIO SUÁREZ
DON ANTONIO	SALVADOR MORA
BARÓN DEL SAUCE	ALFONSO TUDELA
CRIADO	JOSÉ BLANCH

La acción en Fuenterrabía, Guipúzcoa.

Época actual.

Derecha e izquierda, las del actor.



ACTO PRIMERO

La escena representa el jardín de una pintoresca y acomodada "villa" de Fuenterrabía (Guipúzcoa), en la que veranea una familia de Madrid. A la izquierda, fachada de la "villa", con una escalera de tres o cuatro peldaños, la que conduce al interior de la casa. Al fero, gran verja de dos metros de altura, por la que se verá una estrecha carretera, y, entre extenso campo, lejanas "villas"; y, por último, se pierde de vista en el mar y cielo, éste muy azulado. En el centro de la verja, gran puerta de hierro, que se abrirá a su tiempo. A la derecha, en primero y segundo término, árboles que dan sombra a la escena; debajo de éstos se hallarán una mesita, dos mecedoras y algunas sillas de mimbre, blancas, banco de jardín. Por escena, flores y plantas. En fin, un decorado y mobiliario al refinado gusto de un buen director artístico y no menos buen escenógrafo. Son las cinco de la tarde de un espléndido día de la primera quincena del mes de septiembre.

(Al levantarse el telón, estarán sentadas a la derecha de escena La Abuela y Carmen, y, sobre una mesita, simulan que juegan una partida de damas. María Luisa estará mirando por último término derecha hacia la carretera. La Abuela, de unos sesenta y cinco años de edad, viste de negro, habla con sensatez y acento muy dulce. Tiene un bastón a su derecha, en el cual se apoyará al andar, pues aunque esta señora posee todas sus energías, padece de reuma. Además, casi siempre tiene que apoyarse también en otra persona, y así y todo camina muy despacio. Esta señora demostrará que tiene gustos refinadísimos y exquisita sensibilidad. Carmen es una lindísima muchachita, que frisa en los veinte años; simpática y un poco seria, aunque, en momentos, debido a sus pocos años, es un poco frívola, juguetona. Es prima hermana de María Luisa. Esta es también una lindísima muchacha, de veintidós años, aproximadamente. Bastante voluptariosa, porque se ha criado con todos los mimos de su abuela. Es un tanto ingenua, vivaracha, sen-

timental y, en momentos, tiene arranques de mujer. Al hablar, es cariñosa y excesivamente simpática. Tanto María Luisa como Carmen, visten con sencillez, dentro de la moda.)

- CARMEN. (*Jugando a las damas.*) Esta, te como; y esta otra, y ésta también. Ahora, juega tú, abuela. (*La abuela está casi dormida y no se da cuenta del juego. Observando a la abuela.*) Pero, ¿te duermes, abuela?
- ABUELA. (*Queriendo disimular su sueño.*) No; ¿yo dormir?... ¿Qué decías, hijita?
- CARMEN. Que a tí te toca jugar.
- ABUELA. Mira, basta por hoy de juego.
- CARMEN. ¿Te aburres y te da sueño?
- ABUELA. Sí, un poco; y, además, estos cuadros blancos y negros me marean.
- CARMEN. (*Dejando el juego.*) Pues como tú quieras.
- ABUELA. ¿Per qué no me terminas de poner el terciopelo en el sombrero?
- CARMEN. Sí, ahora voy. Te advierto que me falta muy poco.
- ABUELA. Mejor. Anda, cógelo y aquí mismo me lo terminas.
- CARMEN. Deja, lo haré en mi "boudoir". Total, son diez minutos de labor lo que me falta.
- ABUELA. Bien, como quieras.
- CARMEN. (*Confidencial a María Luisa.*) Oye, cuando venga Alfredo, me llamas. Tú, sigues haciéndote la indiferente.
- MARÍA LUISA. (*También confidencial.*) ¡Ay!... No se si podré.
- CARMEN. No tienes más remedio.
- MARÍA LUISA. Es que cada día me gusta más, ¿sabes?
- CARMEN. Tú me dejas sola con él, y verás lo que nos divertimos; porque, como se me declare, le digo que sí.
- MARÍA LUISA. (*Un poco apurada y siempre en tono cómico.*) Mira, hoy, precisamente, no. No vaya a ser que...
- CARMEN. Nada, nada. Yo le digo que sí. A ver qué pasa...
- MARÍA LUISA. No. Carmen, no. Dile aunque sea que lo pensarás.
- ABUELA. Niñas, ¿qué cuchicheais?
- CARMEN. Nada, abuelita. (*Vase por la izquierda, hacia el interior de la "villa", mirando a María Luisa y riéndose.*)
- MARÍA LUISA. Que no, ¿eh?
- CARMEN. (*En voz baja, riéndose.*) ¡Que sí, que sí!...
- MARÍA LUISA. ¡Mira que eres terca!...
- CARMEN. ¡Que sí, que sí!... (*Mutis, riéndose y mirando a María Luisa. Esta, después de hacer un gesto como de despecho a Carmen, queda mirando por último término derecha. Pausa corta.*)
- ABUELA. ¿Qué haces ahí, María Luisa? (*María Luisa sigue distraída mirando a la carretera.*) ¿No me contestas?
- MARÍA LUISA. ¡Oh, sí, abuelita! Es que estoy viendo los "autos" que van a Francia. ¡Pasan a una velocidad!...
- ABUELA. Eso es ir corriendo a la sepultura.
- MARÍA LUISA. No tanto, abuelita. Se ha perfeccionado de tal manera el automóvil, que dicen que una buena marcha es hacer ciento treinta por hora.

- ABUELA. (*Escandalizada.*) ¡Qué barbaridad!... ¡Ciento treinta kilómetros por hora! ¡Así ocurren las desgracias que ocurren!
- MARÍA LUISA. (*Sonriente.*) Y lo mejor de todo es que de tantas que ocurren, ya nadie les concede importancia, a no ser las familias de los propios interesados.
- ABUELA. ¡Niña, no digas barbaridades!
- MARÍA LUISA. ¡Pero sí es así!...
- ABUELA. (*Entre dientes, escandalizada.*) ¡Qué barbaridad!... ¡Qué barbaridad!... (*Pausa corta.*)
- MARÍA LUISA. (*Yendo a sentarse a la izquierda de la Abuela.*) ¡Cómo aprovechan las gentes el buen tiempo!...
- ABUELA. Y hacen perfectamente.
- MARÍA LUISA. Claro que sí. Para un día que hace bueno, se pasan tres lloviendo.
- ABUELA. Y vosotras, Carmen y tú, ¿cómo no habeis ido a Francia? ¿No necesitabais nada de Biarritz?... Hoy teníais todo de vuestra parte. Un espléndido día, papá que os acompañaba y los francos muy baratos.
- MARÍA LUISA. Sí, ya nos dijeron que si queríamos ir; pero ni a Carmen ni a mí se nos ocurre comprar nada.
- ABUELA. Otras veces, también, habeis dicho lo mismo; pero una vez yendo no volveis con las manos vacías.
- MARÍA LUISA. Mira, abuelita; eso es lo que más me fastidia: que vas sin intención de comprar, y ya cuando estás allí te encaprichas de todo y a la vuelta son los apuros con los carabineros y la matrona. Pero, claro; se ve en Biarritz tanta cantidad de cosas y tanta gente comprando, que terminas por contagiarte. Además, como los francos valen tan poco, pues no se le concede importancia al dinero, y al final resulta que te has gastado todo lo que llevas, sin contar que, si vamos con alguna persona que lleva más dinero que nosotras, venimos entrapadas. Y, vaya, no; Carmen y yo hemos decidido no ir a Francia no siendo día de fiesta o cuando realmente precisemos alguna cosilla.
- ABUELA. Apruebo esa manera de pensar.
- MARÍA LUISA. Y luego, que papá ha ido, más por nada, por acompañar al barón. (*Pausa corta.*) Oye, abuelita; lo que no me explico es cómo siendo papá un hombre tan optimista, haya llegado a intimar tanto con el barón, que es... (*Con gravedad cómica.*) tan grave, tan pesimista, que todo lo ve negro.
- ABUELA. Precisamente por eso, porque son completamente distintos sus caracteres y maneras de pensar.
- MARÍA LUISA. Además, creo que al ir a Francia tenían que entrevistarse no se con quién. Cuestión de un negocio. Nosotras nos hubiésemos aburrido.
- ABUELA. Cuando os invitaron a ir...
- MARÍA LUISA. (*Con doble intención.*) Déjalo. Quizá a estas horas lo hayan agradecido.
- ALFREDO. (*Alfredo aparece por la verja, foro derecha. Es un muchacho de unos veinticuatro años. Viste elegantemente. Su aspecto es de inteligente y serio, un*

tanto jovial. Está locamente enamorado de María Luisa, aunque finge serle indiferente. Su acento es simpático y sus ademanes finos. A María Luisa y a la Abuela.) ¡Buenas tardes!...

MARÍA LUISA. *(Fingiéndole extrañeza.)* ¡Hola, Alfredo!... ¿Usted, y a estas horas?... Pase, pase.

ABUELA. *(Aparte.)* ¡Ahora veo claro el por qué de no haber querido ir a Francia!... ¡Sí, sí, sí, claro!...

ALFREDO. *(Que ha entrado y, después de estrechar la mano de María Luisa, va a besar la de la abuela.)* ¿Sigue usted bien, doña Beatriz?

ABUELA. Relativamente. Cada vez más vieja y más débil. A mi edad, día que pasa se nos conoce.

ALFREDO. Pues no parece eso. Más bien todo lo contrario.

ABUELA. Usted, que es bueno, y me mira con ojos de corazón.

ALFREDO. Muy bonito, muy bonito, doña Beatriz. *(A María Luisa.)* ¿Y Carmen, dónde está Carmen?

MARÍA LUISA. *(Sin importancia.)* Por ahí dentro, arreglando en su "boudoir" un sombrero de abuelita.

ABUELA. Es una excelente modista de sombreros.

ALFREDO. ¡Ah! ¿Sí? Pues nada me ha dicho.

MARÍA LUISA. *(A Alfredo.)* Yo soy modista en vestidos.

ABUELITA. Sí. Yo he procurado que estas niñas, además de enseñarles las labores caseras, aprendiesen un oficio, porque quién sabe lo que las puede ocurrir el día menos pensado, y no quiero que sean unas señoritas que no valgan más que para el deporte; bailar y hablar mucho y mal el francés.

ALFREDO. Sí, señora, y que hay muchas de éstas que la gente llama señoritas de la vida moderna, y, crea usted, que es verdaderamente lamentable.

MARÍA LUISA. También mejores que nosotras hay muchas.

ALFREDO. Dudo eso de mejores.

MARÍA LUISA. Muchas gracias.

CARMEN. *(Que ha entrado por la izquierda con un sombrero negro en la mano y cosiendo una cinta de terciopelo en él. Ha oído las frases de la abuela.)* Pues todo se lo debemos a nuestra abuelita.

ALFREDO. *(A Carmen, dándole la mano.)* ¿Cómo está usted, Carmen?

CARMEN. Muy bien, gracias.

ALFREDO. Reciba mi más cordial felicitación; me acaban de decir... *(Indicando el sombrero que cose Carmen.)*

CARMEN. No tiene importancia; de afición. Por hacer alguna cosa.

MARÍA LUISA. Somos el complemento la una de la otra. Yo le arreglo los vestidos, y ella a mí los sombreros, y las dos a una hacemos todo a la abuela.

ABUELA. Así es; sí señor.

ALFREDO. Por lo que veo, son ustedes dos primitas que se llevan muy bien.

ABUELA. Un poco mal educadas, quizá las encuentre usted, pero eso también me lo deben a mí; que casi es obligación de toda abuela, educar mal a sus nietos.

ALFREDO. Pues, señora, en esa... obligación ha faltado usted enormemente.

MARÍA LUISA. (A Alfredo.) ¡Muy galante!

CARMEN. Mil gracias, Alfredo.

ABUELA. (Sonriendo.) Pues si he faltado, crea usted que le siento.

MARÍA LUISA Y CARMEN. (A un tiempo, acercándose al regazo de la abuela y con dulzura.) ¡Abuela!...

ABUELA. (Enternecida, a Alfredo.) ¿Usted lo ve? ¡Cómo me quieren! (Las besa en la frente.) María Luisa, a la edad de cinco años, se quedó sin madre, y Carmen, aunque sus padres son buenos, me quiere a mí más que a ellos. (A Carmen.) ¿Verdad?

CARMEN. (Con dulzura.) ¡Abuela!...

ALFREDO. (A María Luisa.) ¿Pero es cierto que no me esperaba usted esta tarde?

ABUELA. No, no le esperaba María Luisa sola, le esperámos ella y yo, y creo que Carmen también. Esta, esperaba dentro de la casa. Nosotras, las impacientes, hace una hora que estamos aquí.

CARMEN. (Pintiendo rubor, a Alfredo.) No le crea, ¿eh?

MARÍA LUISA. (Aparte, ruborizada.) ¡Ay qué vergüenza!

ABUELA. Nada, nada. Las cosas como son. Nunca he podido faltar a la verdad.

ALFREDO. Muy bien, así me gusta; franqueza y lealtad.

CARMEN. Mira, abuelita. (Mostrando el sombrero.) Ya está terminado.

ABUELA. (Un poco extrañada.) ¿Sí?...

CARMEN. Sí, vamos a ver. (Le pone el sombrero a la abuela.) ¿Eh, qué tal?

ALFREDO. ¡Bonito sombrero!...

MARÍA LUISA. (Riéndose y con desprecio a Alfredo.) Ustedes no entienden de estas cosas.

ALFREDO. (Encogiéndose de hombros y como comprendiendo que María Luisa tiene razón.) Bueno.

MARÍA LUISA. A ver, a ver... (Acercándose a mirar con detenimiento el sombrero de la Abuela.) ¡Ay, qué bien! (A Carmen.) Chica, te has lucido. Anda, abuela, a mirarte al espejo. Ya verás qué bien te está.

CARMEN. Sí, sí, vamos; ya verás, pareces hasta más joven.

ABUELA. (Extrañada, a Carmen.) ¿Más joven?

MARÍA LUISA. Sí, sí.

ABUELA. (Coge el bastón, que se halla a su derecha, para apoyarse, y una vez puesta en pie, da el brazo a Carmen y, como se dijo antes, camina muy despacio.) Pues vaníos allá. (Aparte.) ¿Qué me habrán puesto? (A Alfredo, haciendo mutis con Carmen por la izquierda.) Usted perdone que le dejemos solo.

ALFREDO. ¡No faltaba más!...

MARÍA LUISA. No, abuela; me quedo yo con Alfredo.

ABUELA. Bueno, bueno. (Aparte, sonriendo.) Lo sabía. ¡A mi edad! ¡Piensan estas niñas que van a engañarme!

CARMEN. (A Alfredo.) Hasta luego.

ALFREDO. Adiós, Carmen.

- CARMEN. *(A la abuela, llevándosela del brazo un poco de prisa, para hacer mutis por la izquierda.)* Pues sí, te favorece muchísimo.
- ABUELA. *(Haciendo moderar el paso a Carmen.)* No corras, no corras, que aunque este sombrero me rejuvenezca, aún no lo noto ardando.
- CARMEN. *(Riéndose.)* ¡Ay, qué graciosa, qué graciosa!... *(Mutis las dos.)*
- ALFREDO. *(A María Luisa.)* ¡Qué agradable es su abuelita!
- MARÍA LUISA. Es verdad, Alfredo, yo la quiero mucho. Casi se puede decir que ella me ha criado.
- ALFREDO. ¿Y es abuela materna o paterna?
- MARÍA LUISA. Materna.
- ALFREDO. Sí, sí. *(Ligera pausa.)* Está bien.
- MARÍA LUISA. ¿Le extraña un poco el que se pueda llevar tan bien con mi padre?...
- ALFREDO. Extrañarme, precisamente... no; y mucho menos cuanto más la conozco.
- MARÍA LUISA. Mire, usted. Papá, además de ser un hombre optimista, tiene su parte de egoísmo, como todos ustedes, por su puesto.
- ALFREDO. Naturalmente.
- MARÍA LUISA. Unos más, otros menos... Papá es de los que más; y téngalo usted por seguro que al tropezar con una persona en la familia, como abuelita, de reconocido talento, no es de extrañar que solo por ese egoísmo personal se haya llevado y se lleve tan bien. Bueno, debía haber empezado por decirle que, según abuelita, papá se casó enamoradísimo, prueba bastante que si alguna vez me corrige algo, ponga de ejemplo las mil bellas cualidades y encantos que la pobre mamá, que esté en gloria, poseía. *(Queda pensativa y triste.)*
- ALFREDO. Que así sea.
- MARÍA LUISA. *(Con voz apagada.)* Gracias, Alfredo. *(Pausa corta y en su natural.)* Pero, vaya: le he hecho un breve historial de mi familia, y a usted apenas si le puede interesar.
- ALFREDO. Me interesa muchísimo.
- MARÍA LUISA. ¿Y eso?
- ALFREDO. María Luisa... No quiero que usted, en particular, vea en mí un tipo... ¿cómo decirle?... donjuanesco, caprichoso. No sé, no sé...
- MARÍA LUISA. *(Sonriente.)* Eso sí que no lo puedo creer.
- ALFREDO. María Luisa...
- MARÍA LUISA. ¿Cómo quiere que le crea, desde el momento que hace usted conmigo una apuesta, por la que se compromete a hacerse novio de Carmen? ¡Ja, ja!... *(Ríe.)*
- ALFREDO. *(Sin dar importancia a sus palabras.)* Eso es otra cosa. No tiene la menor importancia.
- MARÍA LUISA. Ah, ¿sí?
- ALFREDO. Claro.
- MARÍA LUISA. Entonces, ahora veo quién es usted.
- ALFREDO. ¿Cómo?

- MARÍA LUISA. (*Riéndose.*) Que sí, que sí, que veo en usted a dos personajes. (*Con gravedad cómica.*) Don Juan Tenorio y don Luis Mejía. ¡Ja, ja!... (*Ríe.*)
- ALFREDO. (*Sonriendo.*) ¡Por Dios, María Luisa! Usted no quiere comprenderme.
- MARÍA LUISA. ¿Cómo que no?
- ALFREDO. (*Afirmativamente.*) Como que no.
- MARÍA LUISA. ¿Es que ahora se va usted a volver atrás?
- ALFREDO. Nada de eso. La apuesta está en pie.
- MARÍA LUISA. (*Desconcertada.*) Ahora sí que no le comprendo.
- ALFREDO. Es muy sencillo. Váyase haciendo cargo. Yo hice con usted una apuesta...
- MARÍA LUISA. (*Cortándole la frase.*) Por la que usted se comprometía a hacerse novio de Carmen. ¿Es así?
- ALFREDO. Perfectamente; y si lo consigo...
- MARÍA LUISA. Que dudo que lo consiga; está usted obligado a hacerme un bonito regalo.
- ALFREDO. Exacto, exacto. Pero, en cambio, si Carmen, cuando yo me declare, que como tenga ocasión lo hago hoy mismo, me dice que sí, usted, encantadora María Luisa...
- MARÍA LUISA. (*Secamente.*) Gracias.
- ALFREDO. Me regalaré una estupenda caja de cigarros.
- MARÍA LUISA. ¡Ja, ja!... (*Riendo despechada.*) ¡Ja, ja!... Ya se conformaría con unos cigarros de contrabando como los que le traen a papá los carabineros.
- ALFREDO. (*Con seriedad cómica.*) Eso, ya se discutirá después.
- MARÍA LUISA. Bien; pero le advierto que si usted gana, la caja esa servirá también como regalo de boda. Así como así le tenía que hacer algún regalo...
- ALFREDO. ¿Para qué boda?
- MARÍA LUISA. (*Con extrañeza y recelando.*) ¿Para qué boda ha de ser?... Usted y Carmen...
- ALFREDO. (*Riéndose.*) ¡Qué bromas tiene, María Luisa!...
- MARÍA LUISA. Pero... (*Exaltada.*) ¡Esto es verdaderamente canallesco! ¡Usted nos ha engañado!... ¡Usted es!...
- ALFREDO. (*Cortándole.*) Ante todo y sobre todo, María Luisa, le agradeceré no forme ningún mal juicio de mí, sin antes presentar mis excusas por haberles engañado... como a unas pavitas.
- MARÍA LUISA. ¡Y encima nos llama pavas! ¡Es usted un cínico en toda la extensión!...
- ALFREDO. (*Cortándole y un poco enérgico.*) ¡María Luisa!
- MARÍA LUISA. ¡A mí no me llame usted María Luisa! ¡Y haga el favor de explicarse lo más pronto posible, para después ponerle de patitas en la carretera!
- ALFREDO. (*Sonriente.*) Mil gracias por lo de patitas; pero... usted no podrá echarme de esta casa.
- MARÍA LUISA. ¡Lo veremos!
- ALFREDO. ¡Ya lo creo que lo veremos!
- MARÍA LUISA. (*Alarmada y mirando a Alfredo de pies a cabeza.*) ¡Ay!... ¿Pero quién es usted?...
- ALFREDO. Alfredo Baniert; quizá el mejor de sus amigos, y...
- MARÍA LUISA. (*Idem.*) ¡El demonio!

- ALFREDO. Bueno, bueno. Calma, un poquito de calma.
- MARÍA LUISA. (*Impaciente y un tanto alarmada.*) ¡No sé si podré; pero piense usted que soy una señorita y que tengo los nervios en una tensión!... ¡Con que le ruego mida sus palabras y sea breve!
- ALFREDO. Procuraré complacerle, señorita.
- MARÍA LUISA. (*Muy seca.*) Gracias.
- ALFREDO. Empezaré por decirle que su queridísima primita Carmen no me disgusta. Es simpática... no es fea; nunca he dudado que hará feliz a quien se case con ella; pero...
- MARÍA LUISA. (*Impaciente.*) Termine usted de una vez.
- ALFREDO. Yo, María Luisa, he de confesarlo; hace tiempo encontré mi ideal soñado.
- MARÍA LUISA. (*Casi llorando con reconcentrado coraje.*) ¡Haga usted el favor de salir ahora mismo de aquí! (*Llora.*)
- ALFREDO. Nada malo creo haber hecho para que así me arroje de su casa. Lo de Carmen... bien sabe usted que es un juego pueril.
- MARÍA LUISA. (*Sin cesar de llorar y con reconcentrado coraje.*) ¡Sepa usted que no somos ningunas niñas cursis para que así se burle de nosotras!
- ALFREDO. Nunca he pensado en tal cosa; y en cuanto a Carmen...
- MARÍA LUISA. (*Cortándole.*) Sí, ya lo ha dicho usted que tiene novia.
- ALFREDO. Dije que encontré el ideal soñado, que no es lo mismo. Pero bien; si usted así lo desea, me es completamente igual.
- MARÍA LUISA. (*Un poco enérgica.*) ¡Por última vez, caballero! ¡Haga el favor de salir de aquí si no quiere que llame y tengamos un serio disgusto! (*Se retira hacia la izquierda.*)
- ALFREDO. (*Sentimental y acercándose a ella.*) ¡María Luisa!...
- MARÍA LUISA. (*Retirándose más, un poco asustada y enérgica.*) ¡No se acerque! ¿Eh?
- ALFREDO. De verdad, María Luisa; ¿me echa usted de su casa?
- MARÍA LUISA. ¡A ver si cree usted que le vamos a elogiar sobre haberse reído de nosotras!...
- ALFREDO. Entiendo, María Luisa, que es hora de aclarar este asunto.
- MARÍA LUISA. (*Extrañada.*) ¿Eh?
- ALFREDO. Usted juzgará. Cuando tuve el honor de que Juanito Murcia me presentara a ustedes, ya entonces lo había previsto todo.
- MARÍA LUISA. (*Confusa y volviendo a su natural.*) ¿Qué tenía usted previsto?
- ALFREDO. Todo. ¿Recuerda que me presentó como lo que dijo usted hace un momento? Don Juan y don Luis, los dos conquistadores en una misma persona.
- MARÍA LUISA. Los hechos eso prueban.
- ALFREDO. No, María Luisa.
- MARÍA LUISA. ¿Eh?...
- ALFREDO. Que no. Yo soy una persona, modestia aparte, muy

sensata. Me gustan los juegos como a casi todo el mundo, y como este juego, que pronto vamos a dar por terminado, era para mí sumamente difícil, no tuve más remedio que hacer que me presentaran ante ustedes con el aspecto de un arraigado conquistador, para después buscar, como así encontré ocasión, para hacer la extravagante apuesta y de esa forma yo tendría largas entrevistas e iría conociendo, sin compromiso de momento, a usted.

MARÍA LUISA. ¡Pero!... *(Se queda sin saber lo que decir y en su semblante se nota por momentos una gran satisfacción.)*

ALFREDO. Sí, María Luisa; permíname esta manera extraña de llegar a usted. *(Ligera pausa.)* No se me ha ocurrido otra. *(Ligera pausa.)* Tuve miedo... Yo la quiero a usted...

MARÍA LUISA. *(Después de una pausa, con alegría, pero un poco desconfiada, al tiempo que con tontería.)* ¡No le creo, no le puedo creer!

ALFREDO. *(Acercándose a ella.)* Sí, María Luisa. Yo la quiero a usted; esta es la verdad de todo este juego de chiquillos. Le pido que me perdone, si ha habido un momento de engaño; pero, por no hablar claro de una vez, usted me ha insultado...

MARÍA LUISA. *(Aparte, fingiendo rubor.)* ¡Ay qué vergüenza!...

ALFREDO. Ha intentado no sé cuántas veces arrojarme de aquí.

MARÍA LUISA. *(Aparte y compasiva.)* ¡Pobre chico!

ALFREDO. Y yo, todo lo he sufrido resignado. Con que ya creo que es bastante castigo. Ahora, ¿qué me contesta usted, María Luisa?

MARÍA LUISA. *(Queda pensativa y se quita una preciosa cruz que lleva, y mostrándosela a Alfredo.)* Primero, bese usted en esta cruz en prueba de que es verdad que me quiere; pero, para casarnos algún día, ¿eh? *(Desconfiando.)* no vaya a ser que luego me pase lo que a Carmen.

ALFREDO. Para casarnos cuando usted mande.

MARÍA LUISA. *(Poniéndole la cruz en sus labios.)* Bese, bese. *(Alfredo besa la cruz.)* Respecto a cuándo casarnos, le cedo a usted el mando. Pero una vez casados, ya veremos quién vale para mandar.

ALFREDO. *(Afectuosísimo.)* Entonces, seguro que tú, María Luisa... vida mía.

MARÍA LUISA. *(Suspirando fuertemente.)* ¡Ay, qué peso se me ha quitado del corazón!

ALFREDO. *(Sorprendido y jovial.)* ¡Ah... pero, entonces, tú... también!...

MARÍA LUISA. *(Un poco ruborizada y bajando la cabeza.)* Sí, Alfredo. *(Ingenua.)* Pero no se lo diga usted a nadie.

ALFREDO. ¿Cómo, usted?

MARÍA LUISA. *(Sonriéndose y ruborizada.)* Bueno: pero no se lo digas a nadie...

ALFREDO. *(Cogiéndola una mano y acariciándola.)* ¡Chiquilla mía!

MARÍA LUISA. *(Aparte, ruborizada.)* ¡Ay, qué vergüenza!

- ALFREDO. ¡No sabes cuánto te quiero, angelillo!
- MARÍA LUISA. (*Aparte, ídem.*) ¡Ay, angelillo mío, digo suyo!
- ALFREDO. (*En su natural.*) Oye, María Luisa, se me ocurre una cosa.
- MARÍA LUISA. (*Aparte y un poco asustada.*) Ay, ¿qué querrá ahora?
- (*A Alfredo.*) Tú dirás.
- ALFREDO. Una vez que ya has sabido que todo eso de la apuesta ha sido un ardid para hacerte el amor, ¿qué te parece si hicieses venir a Carmen, sin decirle nada de toda la verdad, y me declarase a ella? Naturalmente, en broma.
- MARÍA LUISA. (*Aparte.*) ¡Ca... de ninguna manera!
- ALFREDO. Te advierto que nos divertiríamos mucho. Pensaba hacerle una declaración... ¡exageradamente romántica!
- MARÍA LUISA. No, no, no... ¡qué más quisiera ella!
- ALFREDO. Pero, siendo en broma...
- MARÍA LUISA. Te advierto que se lo merecía; y... no sé, no sé qué hacer.
- ALFREDO. Tú decidirás. El programa es divertidísimo.
- MARÍA LUISA. No lo dudo, y mucho más el día que se enterase su novio.
- ALFREDO. Claro, como que esa es la segunda parte.
- MARÍA LUISA. (*Extrañada.*) ¿Eh?
- ALFREDO. ¡Ahí es nada, ser rival de Lucio Antón!
- MARÍA LUISA. (*Extrañadísima.*) ¡Pero!... ¿cómo?... ¿usted?... digo, ¿tú sabes?...
- ALFREDO. (*Sonriente.*) Desde antes de que me presentaran a vosotras. ¿Cómo puedes creer que sea capaz de declarar mi amor a tu prima, para burlarme de ella? Además, Lucio es un buen amigo mío y la canallada sería doble. ¡Por Dios, María Luisa! ¡En qué mal concepto me tienes!
- MARÍA LUISA. Entonces...
- ALFREDO. Entonces, ya puedes estar segurita, como yo lo estoy también, de que no nos queda más remedio que ir cogiditos de la mano a buscar la felicidad. (*Le coge una mano y se la acaricia.*)
- MARÍA LUISA. (*Bajando la cabeza y en tono humilde.*) ¡Alfredo!
- ALFREDO. ¡Te quiero tanto, María Luisa!... Creo que vamos a ser muy felices.
- MARÍA LUISA. (*Aparte.*) No me atrevo a decírselo; me da reparo.
- ALFREDO. (*Aparte, admirando a María Luisa, un poco conmovido.*) ¡Pobre nena!... ¡Le da reparo! ¡Cómo se conoce que soy su primer amor! (*Pausa corta. María Luisa permanece con la cabeza baja, pensativa, un poco ruborizada; y Alfredo, cambiando de tono, o sea, en su natural.*) Pues sí; Lucio es uno de mis mejores amigos, y tengo deseos de encontrármelo para divertirme con él, por no haberme dicho nada.
- MARÍA LUISA. (*Ingenua.*) Se pasa usted la vida riéndose de todo el mundo. Ahora, que de éste va a ser un poco difícil, porque no está aquí, en Fuenterrabía.
- ALFREDO. También sé que este año veranea en Santander, que viene de vez en cuando y que para ello ha

de valerse de alguna excusa, diciendo que tiene negocios en Francia, una fiesta benéfica, etc., etc.

MARÍA LUISA. ¿Pero cómo sabe usted todo eso? ¡Es usted el demonio!

ALFREDO. (*Sonriente.*) No, María Luisa. Es que para llegar a tí me creía en la obligación de adquirir todos esos datos.

MARÍA LUISA. Sí... Claro... Si todo lo hemos de mirar desde ese punto de vista... no resalta usted tan... ¿Cómo decirle?

ALFREDO. (*Resuelto.*) Tan... tan como sea. Y nada de hablarme de usted, ¿eh?

MARÍA LUISA. (*Sonriente e ingenua.*) Es que no me doy cuenta. No me acostumbro. Como hasta hoy hemos estado hablándonos de usted, y no hace casi un mes que nos conocemos...

ALFREDO. Veinticuatro días hará hoy, a las ocho y veinte de la noche. (*Mirando al reloj.*) Faltan quince minutos.

MARÍA LUISA. ¡Qué en cuenta lleva, digo, llevas! ¿Lo ves? No me acostumbro.

ALFREDO. No importa, no importa. Y dime, ¿qué tal le parecía yo a Carmen?

MARÍA LUISA. ¡Anda!... Muy bien. Pensaba decirte que sí. Seguramente para dejar a Lucio o si no tener dos novios: uno en Santander y tú, en Fuenterrabía.

ALFREDO. ¡Muy bonito!... Y luego, al final, quedarse con el que mejor le pareciese. ¡Muy entretenida!

MARÍA LUISA. (*Ingenua.*) Y claro, para mí tú eras el mejor.

ALFREDO. (*Sonriente.*) Mil gracias, nénita. Me haces feliz.

MARÍA LUISA. ¡Ay, qué vergüenza! (*Queriendo disimular.*) Bueno, a lo mejor pueda ser también que ello lo hiciese todo por hacerme sufrir.

ALFREDO. ¡Ah!... ¿Sí? ¿Te hacía sufrir?

MARÍA LUISA. (*Aparte.*) ¡Vaya, pues sí que lo he arreglado! (*A Alfredo.*) Sí, Alfredo: fuera sonrojos. También yo a tí te quiero.

ALFREDO. (*Emocionado.*) ¡María Luisa!... (*Pausa corta.*)

MARÍA LUISA. ¿Quieres que entremos a contar a la abuelita y a Carmen toda la verdad?

ALFREDO. Como tú quieras. Pero yo creo que no es muy correcto entrar en tu casa una vez que somos novios, sin permiso, por lo menos, de tu abuelita.

MARÍA LUISA. (*Recatada.*) ¡Ay, sí! Tienes razón; no había caído en ello...

ALFREDO. Vamos, a mí me parece...

MARÍA LUISA. (*Resuelta.*) Bueno, espérame aquí. Voy en un salto. Le digo todo en dos palabras, y como sé que les ha de parecer bien, vuelvo, te llama y ya puedes convenir con abuelita cómo y cuándo debes hablar a papá. (*Ligera pausa y aparte.*) Vaya, lo solté. ¿Pero no habíamos quedado que en eso de hablar, yo mandaba para decidir cuándo?...

MARÍA LUISA. Sí, pero...

ALFREDO. Que cuanto antes, mejor. ¿eh?

- MARÍA LUISA. *(Apagada.)* Sí... *(Aparte, apuradísima, fingiendo rubor.)* ¡Ay, qué pensará de mí, Dios mío, qué pensará!
- ALFREDO. Bien. Como tú dispongas, cielito mío.
- MARÍA LUISA. Gracias, Alfredo. En seguidita, en seguidita te llamo. *(Rebosando felicidad, vase a hacer mutis por la izquierda, saltando y palmoteando de alegría. Aparte, hasta que da un pequeño tropezón en uno de los tramos de la escalera.)* ¡Ay, cielito suyo, vidita, angelillo, chiquilla mía, digo suya!... *(Da un pequeño tropezón en este momento por atolonadura.)*
- ALFREDO. *(A María Luisa.)* Cuidado, cuidado.
- MARÍA LUISA. No es nada, no es nada: gracias, Alfredo, gracias... *(Ha hecho mutis.)*
- ALFREDO. *(Después de una pausa. Mirando por donde hizo mutis María Luisa.)* ¡Qué mujereita tan encantadoral... *(Suspira y quédase pensativo a la derecha de escena un momento, pues en seguida aparece, por la derecha, detrás de la verja, Lucio, que entra en el jardín como si entrase en su casa. Es un muchacho de unos veinticuatro años de edad, bien parecido, simpático. Su temperamento es nervioso y un poco exaltado, y por eso, en ocasiones, habla a grandes voces. Viste elegantemente. Es el novio de Carmen. Lleva en la mano el sombrero de paja por pura comodidad. Sus cabellos, bastante despeinados en todo momento. Y, de vez en cuando, se pasará la mano por la cabeza, queriéndose ordenar los cabellos. Esto lo hará muy de prisa varias veces, y más cuando, estando en situaciones serias, le hagan alguna pregunta o cuando tome parte en la conversación.)*
- LUCIO. *(Entrando resueltamente a hacer mutis por la izquierda, y a Alfredo, que se halla sentado a la derecha de escena, y como si no le conociese.)* Buenas tardes, caballero.
- ALFREDO. *(Al oír la voz de Lucio se sorprende.)* ¡Eh!...
- LUCIO. *(Volviéndose rápidamente y reconociendo a Alfredo y extrañándose.)* ¡Alfredo! ¿Tú...? *(Corre a dar un abrazo a Alfredo.)*
- ALFREDO. ¡Amigo Lucio! *(Se abrazan.)* Pero, chico, ¿cómo tú por aquí?
- LUCIO. Sí, hombre, sí.
- ALFREDO. Te contaba en Santander.
- LUCIO. En efecto, allí se le ha ocurrido verapear a mi familia; no sé el por qué... Habiendo sitio en Biarritz y Fuenterrabía para bañarse.
- ALFREDO. *(Riéndose.)* Tienes razón.
- LUCIO. Como que eso no se le ocurre más que a mi padre, que es más serio que un plato de habas. Diferencia de aquí. A un paso Biarritz, con todas sus francesas bañándose con maillot. No allí, que se bañan las mujeres con unos pantalones y unas chaquetazas de lana que, cuando salen del mar quince o veinte juntas, del agua que se llevan en la ropa, baja la marea.

- ALFREDO. (*Riéndose.*) ¡No será tanto!
- LUCIO. Pues poco menos. Además, si es que con esos trajes no se pueden mojar. Yo las llamo las del baño María.
- ALFREDO. (*Riéndose.*) ¡Qué buen humor tienes!
- LUCIO. ¿Parece que tengo buen humor?
- ALFREDO. Hombre... Vienes desnudando a la gente.
- LUCIO. (*Bajando la voz y llevándose a Alfredo un poco a la derecha.*) Me parece que voy a tener que desnudar a alguno a tiros. O si no, tendré un duelo.
- ALFREDO. ¿Hablas en serio?
- LUCIO. Completamente.
- ALFREDO. (*Un poco alarmado.*) Pero... (*Queriendo desmentir.*) No te creo; eso será una broma tuya. (*Sonriendo.*) Te conozco, Lucio, te conozco.
- LUCIO. (*Muy serio.*) Pues me conoces muy mal, Alfredo.
- ALFREDO. (*Un poco alarmado.*) ¿Eh?...
- LUCIO. ¿Tú sabes quién vive en esta "acomodada villita"?...
- ALFREDO. Claro que sí: don Antonio Alrondo, su encantadora hija María Luisa, su simpática sobrinita Carmen y la agradabilísima abuelita de éstas, doña Beatriz. Seguramente que tendrán a su servicio un par de criados.
- LUCIO. Criadas. Petra y María.
- ALFREDO. Me da igual.
- LUCIO. Y a mí también. Pero, escucha. Esa sobrinita de ese tío, es mi prometida. ¿Qué te parece?
- ALFREDO. (*Sin darle importancia.*) Bueno, muy bien.
- LUCIO. ¡Ah!... ¿Y a tí te parece bien?
- ALFREDO. Naturalmente que sí.
- LUCIO. Las familias piensan concertar la boda el próximo invierno, ¿qué dices ahora?
- ALFREDO. Pues... que sea enhorabuena.
- LUCIO. (*Secamente.*) Gracias.
- ALFREDO. Lo único que te digo es que, por fin, terminarás por hacer todo lo que te decíamos los amigos en Madrid, cuando con tanto calor predicabas en contra del matrimonio.
- LUCIO. ¡Eh, alto ahí! En pro del divorcio, que no es lo mismo. Pero ahora es cuando me voy a armar un lío.
- ALFREDO. ¿Pero qué te sucede?
- LUCIO. (*Exageradamente, en tono trágico.*) ¡Ay, no sé! No sé lo que me sucede ni lo que aquí va a ocurrir, como sea verdad lo que me han dicho.
- ALFREDO. Bah, no hagas caso de habladurías de la gente. Además, no sé qué es lo que te hayan podido decir para que te muestres tan trágico. Carmen, tu novia, es una joya.
- LUCIO. (*Después de haber mirado de pies a cabeza a Alfredo y con cierto recelo.*) Tú... ¿crees que Carmen es una joya?...
- ALFREDO. (*Con un poco de miedo.*) Vamos... yo... a mí así me lo parece.
- LUCIO. Con que te lo parece, ¿eh? Pues... ese duelo que

voy a tener... (*Ligera pausa y en voz baja en tono tragicómico.*) Quizá sea contigo. (*Clamando al cielo.*) ¡Y bien sabes, Dios mío, que lo sentiré!

ALFREDO. (*Confuso y recelando por la actitud de Lucio.*) Pero, ¿te has vuelto loco?

LUCIO. (*Muy serio.*) Alfredo... Mi palabra de honor que no quisiera que fueses tú el guapo ese que me han dicho que pretende conquistar a mi novia. Yo a tí te aprecio mucho. ¡Mucho!

ALFREDO. (*Hiéndose.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Pero, hombre!

LUCIO. (*Extrañadísimo.*) ¿De qué te ríes?

ALFREDO. (*Sin cesar de reír.*) Que sí, hombre, que sí.

LUCIO. ¡Eh!

ALFREDO. (*Sin cesar de reír.*) Que yo soy el guapo que te han dicho que hace el amor a tu novia. ¡Ja, ja, ja!...

LUCIO. (*Desconcertado, mirando con extrañeza a Alfredo.*) Pero... ¡Eres un cínico y un sin...!

ALFREDO. ¡Eh! Cuidadito con los palabras.

LUCIO. (*Aparte.*) ...güenza! Es que crees que, además de pretender villanamente birlarme la novia, te voy a felicitar?... ¡Vamos! ¡Mire usted que esto tiene be-moles!...

ALFREDO. (*Después de una pausa.*) Ven acá. No seas niño. Como se conoce que es tu primera novia y que la quieres.

LUCIO. (*Casi llorando.*) Mira, sí, es verdad. La quiero, la quiero mucho.

ALFREDO. Pues no te preocupes; ella también te quiere, y, respecto a que yo le hago el amor, tampoco hay nada cierto.

LUCIO. (*Volviendo a su natural y sonriente.*) Entonces, ¿eso que me han dicho?

ALFREDO. Nada, habladurías. Verás; yo pretendía hacerme novio, como ya lo soy, de María Luisa.

LUCIO. ¿No de Carmen?

ALFREDO. No, de María Luisa.

LUCIO. Sigue.

ALFREDO. Y, claro, apenas si la conocía de vista, y antes de declararle mi amor...

LUCIO. Sigue, sigue.

ALFREDO. Pues nada; quería conocerla, tratarla un poco más...

LUCIO. ¿Y qué?

ALFREDO. Pues, lo natural; las acompañaba, pero sin hacerla la corte... Es más, haciendo ver que cualquiera me interesaba más que ella.

LUCIO. Continúa.

ALFREDO. Nada más. Hacía la corte a una para hacer la corte a otra, a quien no me convenía, de momento, hacerle la corte. Eso es todo lo de Carmen. ¿Comprendes ahora?

LUCIO. Sí, sí, algo. Bueno, y si no comprendo, da igual, el caso es que no es verdad que quieres a mi novia, ¿eh?

ALFREDO. No, soy ahora novio de Carmen.

LUCIO. ¿Eh?

- ALFREDO. (*Sonriente.*) Digo, de María Luisa.
LUCIO. ¿Estás seguro?
ALFREDO. Sí, hombre, sí. ¡Como no se hayan cambiado los nombres! No me extrañaría, porque aquí nos hemos estado engañando todos.
- LUCIO. (*Temeroso.*) ¡Ay, Dios mío y ay mi madre! Mira; vamos a ver si nos entendemos. María Luisa es la que parece más tonta de las dos.
- ALFREDO. (*Echándole el alto.*) ¡Oye, oye!
- LUCIO. Vamos, comprende; he querido decir la más ingenua.
- ALFREDO. Ah, sí, bien. Esa es mi novia. María Luisa.
- LUCIO. Sí, Carmen es la que sabe hacer chisteras o tricornos; vamos, esas cosas tan raras que ahora llevan las señoras y señoritas en la cabeza.
- ALFREDO. (*Riéndose.*) Está claro; no nos hemos engañado.
- LUCIO. Oye, oye, en confianza. ¿Qué tal mi novia?
- ALFREDO. Ya te he dicho. Una verdadera joya.
- LUCIO. No, quiero decirte así, vamos... ¿si es voluble?
- ALFREDO. Creo que no.
- LUCIO. ¿Cres, nada más?
- ALFREDO. Comprende. La he tratado poco. Parece sensata, y luego su educación... (*Ligera pausa.*) ¿Es que hace poco que la conoces?
- LUCIO. Te diré. Como tratarla, tratarla, desde que era pequeña.
- ALFREDO. En ese caso está todo hecho.
- LUCIO. Pues, francamente, Alfredo; venía yo en plan de deshacerlo. (*Riéndose.*) Mira que tú mi rival, ¿eh?
- ALFREDO. ¡Tiene gracia!
- LUCIO. Y, sin embargo, ahora se puede decir que vas a ser un primo. ¡Ja, ja!... (*Ríe.*)
- ALFREDO. ¡Eh, tú!
- LUCIO. Un primo en el sentido de parentesco, porque te casarás con María Luisa...
- ALFREDO. (*Después de una corta pausa, un poco apagado.*) Así lo espero. (*Quédase pensativo.*)
- LUCIO. (*Extrañado.*) ¿Qué quiere decir ese tono tan apagado? (*Queriéndole imitar.*) Así lo espero.
- ALFREDO. Nada, nada.
- LUCIO. ¿Es que acaso el padre de María Luisa se opone a vuestra boda? (*Pausa y observando a Alfredo, que está sentado, pensativo y cabizbajo.*) ¿Qué contestas? (*Corta pausa.*) ¿Te has quedado mudo?
- ALFREDO. (*En el mismo tono.*) Quiero que escuches un momento.
- LUCIO. Cuéntame todo lo que sea. Anda, desembucha. (*Este es uno de los momentos en que Lucio intentará rápidamente ordenarse los cabellos.*)
- ALFREDO. Empezaré por decirte que quiero a María Luisa más que a mi vida.
- LUCIO. Como yo a Carmen. Muy bien. Adelante.
- ALFREDO. Tengo la suerte de ser correspondido.
- LUCIO. Yo me parece que también. Sigue.
- ALFREDO. Espero que su familia, mejor dicho, su padre, no

- ha de oponerse. Pues bien sabes tú que por los negocios que hoy tengo no soy un mal partido, aunque no poseo carrera alguna.
- LUCIO. Ni yo tampoco. Por más que se obstine mi familia en ello. Nosotros, que tenemos dinero, ¿para qué matarnos en aprobar cursos y quitar luego la plaza algún desgraciado que le haga falta para comer?
- ALFREDO. Sí, puede que tengas razón.
- LUCIO. Claro que sí. Figúrate que mi familia tiene la absurda pretensión de que me haga yo médico, para que, cuando menos te lo esperas, a las tres de la madrugada, te llamen. A esa hora, o estás dormido como un ceporro o aún no has llegado a casa: y si al menos esas llamadas fuesen para señoritas de dieciocho a treinta años, vamos, pase: pero... para un tío que le da la tos o tiene un cólico nefrítico, para auscultar a una vieja... ¡vamos, que no, que no!
- ALFREDO. ¡No seas bruto, hombre!
- LUCIO. Perdona, chico. Digo lo que siento y... ¡no siento lo que digo!
- ALFREDO. Dichoso tú.
- LUCIO. Bueno, a lo que íbamos. Si el padre de María Luisa no te niega a ésta, como no tiene por qué negártela, os casais este año en el tiempo de las castañas, ¡y a vivir tan felices! ¿Que ella quiere vivir con tu madre? Que es lo más natural... Pues tu madre hará una buena suegra.
- ALFREDO. Gracias: pero desde que ella se ha enterado que acompaño a María Luisa y tu novia, siempre que tiene ocasión, me está predicando no sé cuántas monstruosidades del matrimonio, ¿comprendes ahora el por qué temo a que sea mi madre precisamente quien se oponga al enlace?
- LUCIO. No sé por qué. Cuando conozca a María Luisa, se enamora de ella.
- ALFREDO. *(Con gran interés.)* ¿Tú lo crees así?...
- LUCIO. Sí, hombre; quizás de primeras no consienta. Muy natural. Ella es viuda, tú eres su único hijo y el egoísmo de madre... claro. Lo contrario sucede conmigo, que somos siete hijos... únicos. ¡Como quiera se oponen mis padres a que yo me case! Sí, sí. ¡Siete varones para que nos tengan todas las cosas a punto!... ¡Y qué varones todos! Pero tu madre... Nada; una vez que vea, como ha de ver, una hija en María Luisa, seguro que accede, y encantada. Además, eres un niño mimado, y por no llevarte la contraria...
- ALFREDO. Sí, quizá tengas razón, y quiero pensar que ha de ser como tú lo dices.
- LUCIO. Y lo será, vaya si lo será.
- ALFREDO. ¡Da gusto hablar contigo! ¡Eres tan optimista en todo!...
- LUCIO. Menos cuando me contaron que hacías el amor a mi novia. Entonces sí que era pesimista; veía a los seis varones y mi padre con mi madre de luto por mí.

- ALFREDO. ¡Que exagerado eres....
- LUCIO. Mi palabra, que no exagero ni un poco. (*Entra Carmen por la izquierda, siguiéndole María Luisa y por último la Abuela, apoyada en su bastón y caminando con dificultad, hasta que Lucio y María Luisa rayan a su encuentro y la dejen sentada.*)
- CARMEN. (*Quédase sorprendida al ver a Lucio, que es su novio y del que está enamoradísima.*) ¡Eh! ¡Lucio!... (*Baja la escalera precipitadamente.*)
- LUCIO. ¡Carmita! ¡Chiquilla!... (*Se estrechan la mano.*)
- CARMEN. ¿Cómo no has avisado que venías?
- LUCIO. Ya te explicaré. Tenemos que hablar mucho.
- CARMEN. Pues ha sido una casualidad que nos hayas encontrado en casa.
- LUCIO. ¿Dónde pensabais ir?
- CARMEN. A Francia; papá nos había invitado. (*Se ha ido haciendo de noche y alumbrará la escena un farolito que habrá encima de la puerta fachada de la "villa", y el reflejo de la luna dará a la izquierda de escena primer término, que es donde estará sentada la abuela, desde este momento hasta el final del acto.*)
- LUCIO. (*A María Luisa y después a la abuela.*) ¿Cómo estás María Luisa?
- MARÍA LUISA. (*Estrechando la mano de Lucio y muy alegre.*) Bien, ¿y tú, tarambana? ¡Tan peinadito como siempre! ¿Eh?...
- LUCIO. (*Se ordena el cabello.*) El día que me case me pelo al cero.
- CARMEN. (*Un poco apurada.*) ¡No harás eso!
- LUCIO. (*A Carmen.*) Según como te portes conmigo.
- CARMEN. ¡¡Tonto!!
- LUCIO. (*Con exagerados aspavientos, yendo a dar un abrazo a la abuela, quien le rechaza levemente y se sienta a la izquierda de escena, que es donde dará el reflejo de la luna.*) ¡Mí querida abuela!
- ABUELA. ¡Quita, quita de ahí, loco!
- LUCIO. ¿Tan marchosita como siempre?
- ABUELA. Ríete, ríete ahora: si me hubiese conocido cuando tenía veinte años...
- LUCIO. (*Un poco serio.*) Que no me río, abuela. Es que cada día estás más guapa. Mira. Hace un momento le decía a Alfredo que me gustaría ser médico solamente por dedicarme a curar a abuelitas tan simpáticas como tú.
- ABUELA. ¿Para qué mientes?... Seguro que si algo decías sería todo lo contrario.
- ALFREDO. (*A Lucio.*) ¿Cómo te conocen, Lucio!...
- ABUELA. ¿Conocerle?... Desde que nació. ¡Algunas veces lo fajado y le he dado el biberón!
- LUCIO. ¿Sería yo entonces un encanto de criatura?
- ABUELA. ¿Un encanto? Un mañoso llorón. ¡Nos cogias cada perra!...
- LUCIO. Ahora cojo duros.
- ABUELA. ¡Otra cosa era Carmen!

- CARMEN. (A la abuela.) ¿Verdad que sí?
ABUELA. Sí, hija; tú eras un angelito.
MARÍA LUISA. ¿Y a mí? ¿Dónde me dejas?
ABUELA. ¿Tú? Sí, sí. Peor que Lucio. ¡Más llorona! ¡Más...!
MARÍA LUISA. (Cortándole.) No sigas, abuelita, que me vas a avergonzar delante de Alfredo.
ABUELA. Eso nada tiene que ver, ¿verdad, Alfredo? Digo, don Alfredo.
ALFREDO. A mí llámeme Alfredo a secas, y tuteándome, porque supongo que ya María Luisa les habrá dicho...
CARMEN. Sí, y que sea enhorabuena. (Riéndose.) Aunque el jueguecito ese que se ha traído conmigo...
ALFREDO. ¿Usted me perdona?
CARMEN. (Estrechándole la mano.) No hay por qué. Y que sean muy felices.
ALFREDO. Mil gracias. (Se queda a la izquierda de escena con María Luisa y la abuela. Simulan hablar.)
LUCIO. (Cogiendo a Carmen de la mano, se la lleva a la derecha de escena, y un poco misterioso.) Oye, ¿qué jueguecito ha sido ese?
CARMEN. (A Lucio.) Nada, tontín. Yo te explicaré.
LUCIO. ¿Es ese que si la corte hacía a una y luego era para otro y otra corte que no resultaba la misma corte?
CARMEN. (Riéndose y extrañada.) ¿Qué estás diciendo?
LUCIO. Es que Alfredo me ha contado... (Se quedan a la derecha de escena simulando que hablan; sonriéndose y haciendo gestos amorosos, como novios que son.)
ALFREDO. (A la abuela, que, como ya he dicho antes, se encuentra a la izquierda de escena formando grupo con María Luisa.) Es la mayor satisfacción que usted me puede dar al tratarme con esa confianza. Y a usted, ¿qué le parece?
ABUELA. Si la quieres mucho, Alfredo, yo bendigo vuestra unión.
MARÍA LUISA. (Un poco conmovida.) ¡Abuela!...
ALFREDO. Me hace usted dichoso. (María Luisa cae al regazo de la abuela. Esta se enjuga una lágrima, luego besa a María Luisa. Un poco conmovida. Por lo tanto, hacen una corta pausa, y a Alfredo.)
ABUELA. Yo, ya soy vieja, y es toda mi ilusión dejarla casada. Cuídala mucho, que no me eche nunca de menos.
ALFREDO. Sí, abuela. Pero habla usted en un tono que no parece si no que ahora mismo nos va usted a perder de vista para siempre. Usted se vendrá a vivir con nosotros y con mi madre. ¿Verdad, María Luisa?
MARÍA LUISA. Sí, Alfredo. Esperaba a que tú lo dijeras.
ABUELA. Soy demasiado vieja y os puedo ser un estorbo.
MARÍA LUISA. ¡No digas eso!
ALFREDO. ¡Claro que no!
LUCIO. (Con Carmen, que han ido al grupo de Alfredo, María Luisa y Abuela.) ¿Qué se discute?

- MARÍA LUISA. Nada. Que abuela, cuando nos casemos, vendrá a vivir con nosotros.
- LUCIO. Con quien vivirá será con nosotros, ¿verdad, abuelita?
- ABUELA. *(Con un gesto de disgusto.)* ¿Yo contigo? ¡Jamás! Ya te he dicho mil veces que no soy abuela tuya. Que tú eres para mí un sobrino tercero; yo solamente soy abuela de Carmen, de María Luisa, y desde ahora también de Alfredo. De tí, nunea, por loco y atolondrado. *(Todos se ríen.)*
- LUCIO. *(Haciéndole una caricia alegremente a la abuela, y ésta la rechaza.)* ¡¡Abuelita!!...
- ABUELA. ¡Estáte quieto!
- LUCIO. *(Mismo juego.)* ¡Qué simpática y cuánto te quiero! ¡Dame veinte duros!
- ABUELA. ¡Que te estés quieto, demonio!
- (Han entrado por la puerta del jardín, apareciendo por detrás de la verja de la derecha, don Antonio y el Barón del Sauce. El primero, padre de María Luisa, persona simpática, sensata e inteligente. Frisa en los cuarenta y cinco años de edad. Viste elegantemente. Puede ser un traje de americana cruzada, tono gris claro; un chaleco también claro y muy cruzado; zapatos claros, guantes y sombrero de paja flexible, éste lo llevará en la mano. Flor en el ojal. Sus cabellos, peinados por atrás, un tono negro grisáceo. Las patillas, rectas, y las sienes completamente blancas. Muy afeitado. En fin, dará el aspecto de un hombre optimista y que en los actuales momentos se encuentra completamente feliz. El Barón del Sauce, íntimo amigo de don Antonio, tiene unos cuarenta y nueve años de edad. Su aspecto es de un hombre pesimista. Parece que tiene bastantes más años. Este carácter pesimista, que es como aparece en la comedia, entiéndase que lo ha de demostrar en la mueca, al andar, en el vestir, pues vestirá traje tono oscuro. También afeitado, sombrero de fieltro, sin flor en el ojal y su cabellera completamente blanca. Habla pausadamente, un tanto sentencioso, y no es afable.)*
- DON ANTONIO. *(A todos, en tono jovial.)* Muy buenas tardes.
- MARÍA LUISA. *(Rebosando felicidad, corre a dar un beso a su padre, que, como ya se dijo antes, es Don Antonio.)* ¡Hola, papito! ¿Qué tal? ¿Habeis pasado bien el día? *(Le da un beso.)*
- DON ANTONIO. Muy bien, muy bien, hijita.
- BARÓN. *(A todos.)* Buenas tardes. *(Este se dirige a besar la mano de la Abuela. Una leve inclinación de cabeza a Alfredo. Después da la mano a Lucio. A Carmen y a Lucio.)* Se ve que no podeis estar mucho tiempo separados. *(Una sonrisita irónica.)*
- CARMEN. *(Como si le hubiese molestado lo que el Barón le ha dicho.)* Phs... así parece.
- LUCIO. Sí, señor, sí.
- BARÓN. *(A Lucio, sonriéndose irónico.)* Pues como haya en-

- fermos que necesiten que te hagas médico para curarlos, ya...
- LUCIO. (*Rápido.*) ¡Ya se pueden morir, que lo que es por mí, sí, sí. Ja, ja ¡Yo médico! Ja, ja, qué risa. (*Quédase serio.*)
- CARMEN. ¡Por Dios, Lucio, mira lo que dices!
- BARÓN. (*A Lucio.*) Carmen tiene razón. No se debe ser tan espontáneo. (*A la Abuela.*) Este Lucio es un poco... (*Simula que habla con la Abuela.*)
- LUCIO. ¡Arrea! ¡Ya he dicho alguna barbaridad! (*A Carmen.*) ¡Es que este tío me ataca los nervios!
- DON ANTONIO. (*Ha ido a donde estaba la Abuela con María Luisa y forman grupo con el Barón a la izquierda de de escena, y Alfredo permanece todo el rato observando desde la derecha. A Lucio y Carmen.*) Hola, sobrinos. (*Se estrechan la mano. A Lucio.*) ¿Cuándo has venido?
- LUCIO. Llegué esta mañana y he almorzado en San Sebastián, en casa de Carmen.
- DON ANTONIO. Siempre eres el mismo, te presentas sin avisar. Estareis todos bien, ¿eh?
- LUCIO. Rebosando salud. El peor yo. Y ya me ves, qué hermosura. ¿Verdad, Carmen?
- DON ANTONIO. (*Fijándose en Alfredo.*) ¿Y ese caballero? (*Alfredo, leve inclinación de cabeza a don Antonio.*)
- CARMEN. (*A Lucio, confidencial.*) Tú lo presentas.
- DON ANTONIO. (*A Alfredo.*) Acérquese. ¿Supongo, al estar aquí, que será amigo de mi familia?
- ALFREDO. (*A don Antonio, adelantándose.*) En efecto, así es; y, por lo visto, ¿usted es...? (*Todos los personajes están pendientes de lo que digan Alfredo y Lucio, excepto el Barón, que estará sentado a la izquierda de la Abuela mirando a Alfredo y pensativo.*)
- LUCIO. (*Cortándole a Alfredo y poniéndose entre éste y don Antonio.*) Les presento a mi mejor amigo. (*A Alfredo.*) Y tú. (*Indicando.*) El Barón del Sauce y aquí tu papá político. (*Yéndose a Carmen.*) Ya están presentados. (*Alfredo se ha quedado de piedra por la embarazosa situación. Don Antonio, sorprendido.*) ¡Eh!...
- BARÓN. (*Sorprendido.*) ¿Cómo!
- DON ANTONIO. ¡María Luisa, explícame!
- MARÍA LUISA. (*Un poco cortada.*) Sí, papá. Es... mi novio. (*Con tontería.*) ¿A tí no te parecerá mal? Abuelita ya le conoce. Es íntimo de Lucio...
- DON ANTONIO. Pero es que así, de repente...
- MARÍA LUISA. No hagas caso. (*A Lucio.*) También tú les has presentado de una manera...
- LUCIO. No se me ocurría otra. (*A Carmen, confidencial.*) ¿He hecho alguna tontería?
- DON ANTONIO. (*A la Abuela.*) Tú, mamá, ¿qué dices?
- ABUELA. Me parece bien.
- DON ANTONIO. ¡Pues vaya, qué demonio! Y has hecho bien, Lucio. alguna tenía que ser la primera vez que me lo dijeran.

- MARÍA LUISA. ¡Gracias, papá! ¡Que requetebuenísimo eres! (*Le da un beso.*)
- DON ANTONIO. ¡Chiquilla! (*A Alfredo.*) Y usted, joven, no se quede ahí tan parado.
- ALFREDO. (*Dando la mano a Don Antonio.*) Caballero, he tenido muchísimo gusto. Alfredo Baniert, a su disposición. (*El Barón, cuando ha oído el nombre y apellido de Alfredo, se le queda mirando con fijeza, queriéndole reconocer. Alfredo, al Barón, después de estrechar la mano a Don Antonio, va a darle la mano.*) ¡Caballero!...
- BARÓN. (*Con leve inclinación de cabeza. A Alfredo.*) Tanto gusto. (*Como he dicho, Alfredo va a darle la mano al Barón, y éste, con mucho disimulo, echa atrás las suyas. Todos los personajes, al ver que el Barón no ha querido dar la mano a Alfredo, se quedan inmutados y pendientes de lo que Alfredo y el Barón hablen.*)
- BARÓN. ¿Usted se llama Alfredo Baniert?
- ALFREDO. Sí, señor, y a sus órdenes.
- BARÓN. (*Enigmático.*) Dígame, ¿vive su padre?
- ALFREDO. No, señor. Murió a raíz de mi nacimiento. Se llamaba como yo: Alfredo.
- BARÓN. ¿Y su madre de usted, doña Margarita? ¿Vivirá, seguramente?
- ALFREDO. Sí, señor. Y aquí, conmigo.
- BARÓN. (*Aparte, con tono sombrío.*) En efecto, no me equivoqué.
- ABUELA. Sí, yo la conozco. Es una señora muy simpática. Me la presentaron la otra tarde en el Casino, y hablamos mucho, es muy agradable, muy agradable.
- ALFREDO. Gracias, doña Beatriz.
- ABUELA. ¿Por qué no me llamas abuela? Me gusta que me llames abuela.
- ALFREDO. (*Sonriéndose.*) Como usted quiera. (*La Abuela, Alfredo y María Luisa simulan que hablan.*)
- BARÓN. (*Confidencial y sentencioso, a don Antonio.*) La boda de tu hija con este muchacho, no puede ser.
- DON ANTONIO. (*Confidencial, al Barón, un poco alarmado.*) ¿Por qué?...
- BARÓN. (*Lo mismo.*) No debe ser esa boda. Te explicaré.
- DON ANTONIO. Pero ahora...
- BARÓN. Procura despedirlo, disimulando como puedas.
- CARMEN. (*Confidencial, a Lucio, mientras hablan Don Antonio y Barón.*) El Barón cuchichea con tío Antonio.
- LUCIO. (*También confidencial, a Carmen.*) No me extraña, es el hombre misterio.
- ALFREDO. (*Al Barón, en tono jovial.*) ¿Necesita usted saber algo más?
- BARÓN. No, ya nada. Es usted muy amable.
- DON ANTONIO. (*Con tono que no sabe disimular, se ve en él al hombre que, de momento, quiere arreglarlo todo satisfactoriamente, y por eso mismo a Alfredo lo alarma.*) No le extrañe a usted que el Barón le haya hecho tantas preguntas...

- ALFREDO. (*Un poco alarmado.*) ¿Extrañarme?... (*Ligera pausa.*) ¿Por qué? (*Ligera pausa y pensando las palabras, se nota que pasa por su mente un mal pensamiento. A ellos.*) Son ustedes muy dueños de hacerme tantas preguntas deseen, por lo mismo que no me conocen.
- BARÓN. Mil gracias.
- DON ANTONIO. (*Una inclinación de cabeza.*) Al Barón le considero como a un hermano mío; por lo tanto, la felicidad de mi hija le interesa, casi, casi, tanto como a mí. Usted comprende ahora el que...
- ALFREDO. (*Cortándole.*) Sí, sí, señor, muy natural. (*Resuelto.*) Yo... Sepa usted, no poseo ninguna carrera. Hoy tengo varios negocios, exclusivamente míos, en marcha; y, en fin, una regular posición. Con que usted tiene ahora la palabra, D. Antonio. Yo, por mi instinto de persona negociante, me gusta resolver pronto.
- BARÓN. (*Confidencial, a Don Antonio, y sentencioso.*) ¡Es imposible ese matrimonio! (*Don Antonio queda pensativo.*) Me darás la razón.
- DON ANTONIO. (*Después de meditar breve instante y con aire jovial dice a Alfredo.*) ¿A usted le gusta resolver pronto?... Pero... me ha cogido usted de sorpresa. Eso es mala fe... Es usted un negociante de cuidado.
- ALFREDO. (*Riéndose un poco forzadamente.*) Tiene usted razón, don Antonio. (*Queriendo sostener el tono jovial.*) No es este un asunto comercial. (*A Don Antonio.*) Entonces, ¿hablaremos mañana?
- DON ANTONIO. (*Como pensando en otra cosa.*) Sí... desde luego, mañana hablaremos.
- ALFREDO. (*A todos.*) Vaya, pues buenas noches.
- ABUELA. Buenas noches, Alfredo.
- ALFREDO. (*Besando la mano a la Abuela.*) Hasta mañana, abuela (*Estrechando la mano a Carmen.*) Adiós, Carmen. (*A Lucio.*) ¿Vienes tú, Lucio?
- LUCIO. No, me quedo. (*Se estrechan la mano.*)
- ALFREDO. (*Saluda con una leve inclinación de cabeza al Barón, éste hace lo mismo, y a Don Antonio, dándole la mano.*) Tanto gusto, don Antonio.
- DON ANTONIO. Adiós.
- ALFREDO. (*Dirigiéndose a María Luisa y dándole la mano tiernamente.*) ¡María Luisa!...
- MARÍA LUISA. (*A Don Antonio.*) Pero, papá...
- DON ANTONIO. (*A María Luisa, confidencial.*) Calla.
- ALFREDO. (*Sin dejar a María Luisa y después hace mutis.*) Hasta mañana.
- MARÍA LUISA. Adiós, Alfredo. (*A Don Antonio, angustiada.*) ¡Papá!
- DON ANTONIO. (*También confidencial, a María Luisa.*) Calla.
- (*Alfredo hace mutis por foro derecha, y quedan todos fijos en Don Antonio y el Barón, como si cada uno de los personajes tuvieran un negro presentimiento, y antes de que Alfredo haya hecho mutis, caerá rápidamente el telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Han transcurrido ocho días desde el acto anterior. La escena representa lo mismo que el acto primero. Son las cuatro de la tarde y el tiempo es espléndido.

(Al levantarse el telón, estarán detrás de la verja, por la parte derecha, Lucio y Alfredo. Estos pueden vestir distintamente que en el acto primero.)

LUCIO. *(A Alfredo.)* ¿Lo ves? Aún en el jardín no hay nadie; y la abuela, en este tiempo, siente aquí frío para echar su siesta. *(Invitándole a entrar en el jardín.)* Vamos, hombre, vamos.

ALFREDO. Es que don Antonio me rogó que no viniese por aquí.
LUCIO. Tú vienes conmigo. No seas tonto. *(Han entrado en el jardín. El primero Lucio y siguiéndole Alfredo.)*

LUCIO. Pero mira que eres escrupuloso.

ALFREDO. ¿A ver si por atropellar las cosas, cometemos una imprudencia?

LUCIO. Nada, hombre, nada. ¿Tú la quieres?... Pues adelante, y que sea lo que Dios quiera.

ALFREDO. ¡Cuánto te agradezco que hayas venido!... ¡No te puedes figurar cómo me animo oyéndote hablar así!

LUCIO. Como que hiciste muy mal en no hablar con mi tío al día siguiente, que es en lo que quedasteis. Aquel día estaba yo, y quizá a mi tío le hubiera parecido más violento decirte que no.

ALFREDO. No lo hice así, porque quería que él lo pensara bien. Recuerda que me había dicho que yo obraba de mala fe al pretender en el momento su aprobación.

LUCIO. Pues mi consejo es éste: tú hablas con María Luisa y que ella, ella misma, te dé toda clase de explicaciones por las buenas o si no a la fuerza.

ALFREDO. No, Lucio. Eso no. Por la fuerza, no.

LUCIO. *(Un poco fastidiado.)* Pero si es que no hay derecho a que te estés entreteniendo con una tonta de éstas...

ALFREDO. *(Cortándole.)* ¡Lucio!

LUCIO. *(Indignado.)* Sí, tonta, tonta. ¿Qué pasa?... Es mi prima y me puedo permitir esta confianza y más.

ALFREDO. Piensa que...

- LUCIO. *(Cortándole.)* Que me sobra razón. Te entretienen una temporadita, pareciéndoles todo a las mil maravillas, y cuando ya has renunciado a tus amistades mundanas y a la vida nocturna, llega su papá y *(dicho con énfasis de tonto)* ¡no, no me parece bien ese matrimonio! Mi hija es todavía muy joven y permítame usted que no pueda darle más explicaciones. Espero que me ha de comprender y... *(En su natural de indignación.)* ¡Vaya usted a paseo! ¡Pero lo que yo digo, señor! Si no te daba explicaciones, ¿cómo tú le ibas a comprender? ¡Como no fuera por señas!... Bueno; me jugaba la nuez a que de todo esto tiene la culpa el antipático ese... *(Con gravedad peñante y paseándose.)* Barón del Sauce.
- ALFREDO. Pueda ser que no vayas descaminado del todo. El día que me presentaste, el Barón me hizo varias preguntas, las cuales, con algunas otras más, me las volvió a hacer cuando don Antonio prohibía mis relaciones con su hija. Por lo que deduzco, ha conocido a mi padre y también a mi madre.
- LUCIO. ¿Y tu madre sabe algo de todo esto?
- ALFREDO. Todo. El mismo día le puse al corriente. Para ella no tengo secretos.
- LUCIO. ¿Y qué?...
- ALFREDO. También conoce al Barón. Y figúrate; al decirle que me negaban a María Luisa, el alegrón, de momento, fué mayúsculo. Al hablarle del Barón y de don Antonio, se quedó pensativa, y después dijo: "No me extraña, así tenía que ser". Pretendí que me dijera el porqué de aquellas palabras, y ella quedó inmutada y se retiró a sus habitaciones.
- LUCIO. ¡Es raro todo esto!... ¿Tú, habrías insistido en que te explicara?...
- ALFREDO. No sé cuántas veces; pero todo ha sido en vano. Siempre que le hablo de ello, por toda contestación se queda pensativa y se va de mi lado. Comprenderás que mi situación es horrible.
- LUCIO. Verdaderamente, Alfredo. Ahora que yo hablaré esta misma tarde con mi tío, y saldremos de...
- ALFREDO. *(Cortándole.)* De este misterio. Porque aquí hay un misterio. ¿Grande? ¿Pequeño? No sé, no sé; pero que existe, sin duda alguna.
- LUCIO. *(Preocupado.)* Sí... sí...
- ALFREDO. Ya te he dicho y te lo repito. El caso es muy serio. Por una tontería, aunque sea, como dices, del Barón, no puede ser esto. Tiene que haber un motivo fundado. ¡Yo es que me vuelvo loco! ¡No se me ocurre nada!...
- LUCIO. *(Haciendo cábalas.)* Sí, claro... sí, sí...
- ALFREDO. ¿Qué piensas?
- LUCIO. Ya está. No te preocupes, que ya creo haber dado en el quid del por qué mi tío te ha dado el empujón.
- ALFREDO. *(Impaciente.)* Habla, habla.
- LUCIO. Mi tío es un egoistón.

- ALFREDO. (*Desilusionado.*) Ya estás con el egoísmo. Parece que esa plaquita la has cogido con gusto.
- LUCIO. (*Imponiéndose un poco.*) Mi tío es un egoistón y...
- ALFREDO. Que ya lo sé, hombre; no te molestes. María Luisa es su hija... única y... vaya; lo mismo que me dijiste a mí por mi madre, ¿no?
- LUCIO. No, señor.
- ALFREDO. ¿Entonces?
- LUCIO. Entonces... me haces el favor de oír sin interrumpirme y verás si tengo o no razón.
- ALFREDO. Dí lo que sea.
- LUCIO. Oído. María Luisa no tiene madre. La abuela es suegra de mi tío. Tú te casas con María Luisa y os vais a vivir con tu madre y os lleváis a la abuela, ¿no es así?
- ALFREDO. En efecto. Así hubiese sido.
- LUCIO. ¿Y mi tío Antonio? ¿Dónde se queda? ¿Quién le cuida? ¿Con quién vivirá?
- ALFREDO. Eso, nada. Es él relativamente joven, y si no quiere vivir en su casa, puede ir a un hotel, como el Barón, y luego algunas temporaditas las pasaría con nosotros. Eso no tiene importancia.
- LUCIO. Muy sencillo lo ves tú. ¡Así como así se deshace un hogar de tantos años!
- ALFREDO. Pero eso, desde que se quedó viudo podía haberlo supuesto; que algún día su hija desearía casarse. Vamos, yo creo que no es cosa de que ahora...
- LUCIO. Sí, sí. ¡A tí te quisiera ver en el caso de mi tío! ¡Llevarsele la hija y con ella su hogar, la alegría de su casa!...
- ALFREDO. ¿Es que ahora vas a decirme que ha hecho bien en no consentir?
- LUCIO. ¡No, hombre!... ¡Por Dios!... Qué voy a decir yo eso... ¡Nunca, nunca en la vida!... ¡Yo, siempre aquello de "creced y multiplicaos"!... Y... que no os divida ahora mi tío.
- (*Aparece María Luisa en la puerta de la villa. Viste por el estilo al acto anterior y quédase en dicha puerta sin saber qué hacer. Está bastante apenada.*)
- ALFREDO. (*Que ha visto a María Luisa, dice a Lucio, confidencial.*) Calla. María Luisa sale. (*María Luisa y Alfredo se están mirando con fijeza, mientras habla Lucio, y se nota en ellos que están bastante abatidos y que aún conservan el calor de un amor pasional.*)
- LUCIO. (*A María Luisa.*) Oye, tú, ven acá. (*María Luisa baja las escaleras lentamente, sin quitar la vista de Alfredo.*) Date cuenta de mis palabras. He venido a toda prisa desde Santander para que os arregleis y para ver a Carmen. Me urge marcharme. Por consiguiente, te ruego que os arregleis lo más pronto posible y como sea. Yo, mientras, voy a ver a tu padre, y Carmen también estará por ahí dentro ¿verdad?

- MARÍA LUISA. Papá está trabajando; ha dicho que no se le moleste. Y Carmen no está con nosotros desde hace cuatro días.
- LUCIO. (*Un poco alarmado.*) ¿Eh? ¿Cómo? ¿Dónde ha ido? ¿Con quién? ¡Díme, díme! ¿Otro jueguecito como antes?
- MARÍA LUISA. No, Lucio. Está en San Sebastián con sus padres, que vinieron a buscarla, como ya te he dicho, hace cuatro días: después de hablar con papá y el Barón, y sin decir a nadie una palabra, se marchó.
- LUCIO. (*Apuradísimo.*) ¿Que sus padres hablaron con el Barón y mi tío Antonio?
- MARÍA LUISA. Sí.
- LUCIO. (*Desesperado.*) Bueno, ya esto no puede ser. ¡Se acabó! ¡Tú! Luego que os arregleis, avisa al cura de este pueblo, porque de la paliza que le vamos a dar al Barón, le van a tener que cantar las misas gregorianas. (*Inicia mutis a la "villa".*) Yo voy a telefonear a Carmen, y si mientras viniese el Barón, en cuanto le veas hínchale un ojo. (*Esto último se lo dice a Alfredo. María Luisa y Alfredo sonríen viendo la actitud desesperada de Lucio, que muy indignado va a hacer mutis adentro de la "villa".*) ¿Pero el animal ese del Barón se ha propuesto deshacer todos los noviazgos que... (*Ha hecho mutis.*
- ALFREDO. (*A María Luisa, que está con la cabeza baja, sin saber a dónde mirar. Muy dulcemente le habla, aunque se nota en Alfredo que está locamente enamorado de María Luisa y ésta también de él.*) ¡María Luisa!... (*Corta pausa.*) Quiero una explicación del por qué no le parezco bien a tu papá. (*Ligera pausa.*) ¡Y ese silencio tuyo!... ¿Qué significa?
- MARÍA LUISA. (*Casi llorando.*) ¡Alfredo!...
- ALFREDO. ¿Pero lloras, María Luisa? (*Corta pausa.*) Por favor te pido que no me atormentes con tu silencio: dime lo que sea para ver la manera de solucionar esta situación nuestra.
- MARÍA LUISA. (*Después de una corta pausa, resuelta y sintiendo en el alma las palabras.*) Nada te puedo decir, Alfredo. Créeme; nadie me ha explicado el por qué mi padre no consiente que nos queramos.
- ALFREDO. Pero tú me quieres, aún, con todo. ¿Verdad?
- MARÍA LUISA. Sí... Pero ya ves, Alfredo, debemos olvidar...
- ALFREDO. ¿Olvidar? ¿Por qué?...
- MARÍA LUISA. Todavía somos jóvenes, y tú, con el tiempo, encontrarás...
- ALFREDO. No, María Luisa, te quiero demasiado para admitir esas palabras.
- MARÍA LUISA. ¡Alfredo!... Piensa que este amor con el tiempo pasará...
- ALFREDO. ¿Y abuela, qué dice de esto? ¡Yo quiero hablar con ella!...
- MARÍA LUISA. ¡La pobre! ¿Qué quieres que diga?... Estos ocho días nos los hemos pasado sin salir de casa y pensando en qué se puede fundar papá para tomar tal

determinación, cuando un momento antes, al presentarte Lucio, no le pareciste mal...

ALFREDO.

Ya ves: a los dos días... todos nuestros planes echados por tierra. ¡Es muy extraño todo esto, María Luisa!... (*Ligera pausa.*)

MARÍA LUISA.

Y tu mamá, ¿qué dice?

ALFREDO.

(*Con extrañeza y un tanto exaltado.*) ¿Por qué me hablas de mi madre?

MARÍA LUISA.

No... no sé...

ALFREDO.

No, María Luisa. Tú no eres sincera en estos momentos. Nunca me hablaste de mi madre. Algo sabes y no quieres decírmelo. Por si aún me quieres, María Luisa, dime lo que sepas, que aunque sea lo más... (*En el semblante de Alfredo se notará en este momento como si pasara por él un negro pensamiento, y aparte.*) ¡No, no! ¡No puede ser! Perdóname, madre mía!... (*A María Luisa.*) Dime, María Luisa, dime si sabes algo.

MARÍA LUISA.

Lo único que te puedo decir es que un día, por casualidad, abuela sorprendió una conversación que sostenía el Barón con papá y en la cual le pareció a abuelita oír que hablaban de tu madre.

ALFREDO.

(*Interesadísimo.*) ¿Y oyó lo que decía el Barón?

MARÍA LUISA.

No... no se dió cuenta.

ALFREDO.

¿Y cuándo fué eso?

MARÍA LUISA.

La misma tarde en que se habían llevado a Carmen sus padres. ¡Por qué se la llevaron! Eso es lo único que sé. Carmen y yo, casi toda la vida hemos estado juntas, y al se pararse de mí estaba llorando. ¡Nos queremos tanto!

ALFREDO.

(*Un poco exaltado.*) ¡María Luisa, así no podemos quedar! ¡Yo no me resigno! ¡Sea como sea, he de aclarar esta situación! ¡Hablaré con mi madre, con el Barón, con tu padre, con quien sea preciso; pero a mí alguien me ha de decir lo que sucede, o de lo contrario...! ¡Y sabiendo que tú me quieres, no sé... no respondo, María Luisa!

MARÍA LUISA.

¡Per Dios, Alfredo! ¡No te exaltes, piensa fríamente!

ALFREDO.

¿Pero... qué es lo que he de pensar fríamente? ¿Qué misterio existe?...

MARÍA LUISA.

(*Doliéndole en el alma las palabras.*) Mira, Alfredo. Si, como parece, hay algún motivo grande para que nos impidan querernos, ¿para qué mortificarnos en querer averiguarlo?

ALFREDO.

¡Yo quiero saber! ¡Quiero saberlo todo!

MARÍA LUISA.

¿Para qué, Alfredo? Quizá sea mejor la ignorancia. ¿Crees que sabiéndolo vas a encontrar solución?

ALFREDO.

¡Como no la encontraré es ignorando! ¡Quiero, quiero saber la verdad, aunque sea irremediable!...

MARÍA LUISA.

Piensa, Alfredo, que esa herida que ya existe en nuestros corazones, podría abrirse aún más al conocer el misterio... Yo tengo plena confianza en mi padre. Cuando él se opone y no me dice por qué, será que ninguna alegría puede darme. Debemos olvidar, Alfredo. (*Queda casi llorando.*)

- ALFREDO. ¡No, no!... ¡Eso no, María Luisa!
- MARÍA LUISA. *(Queriendo contenerse que llora y como si no le doliesen las palabras.)* Es sencillito... Tú me escribes dentro de cuatro o cinco días... Yo te contesto a los ocho o nueve... Tú un poco más tarde... Yo... *(Rompiendo en llanto.)* ¡No puedo más, Alfredo! ¡No puedo! ¡Te quiero, y mi corazón lo estoy desgarrando yo misma, con esta absurda proposición!
- ALFREDO. *(Cogiéndola en sus brazos y emocionado.)* ¡María Luisa!... ¡Vida mía!... *(Permanecen unos segundos abrazados. María Luisa, sin dejar de llorar. Pasan estos segundos, y resuelto, a María Luisa.)* Mira: esto se acaba de una vez. Ahora mismo voy a buscar a mi madre, y te juro que me ha de decir todo lo que sepa, por terrible que sea. ¡Y entonces... entonces! ¡Dios dirá, María Luisa! ¡Dios dirá! *(Inicia mutis, foro derecha.)*
- MARÍA LUISA. *(Un poco alarmada.)* ¡Alfredo!
- ALFREDO. *(Haciendo mutis, a María Luisa.)* ¡Espérame! *(Ya ha salido de la puerta, y desde la verja.)* ¡Espérame! *(Mutis por la derecha. Quédase María Luisa llorando y un momento mirando por donde hizo mutis Alfredo. Después va a sentarse, dejándose caer en una silla a la derecha de escena, dando la espalda a la puerta de la izquierda, entrada de la "villa".)*
- MARÍA LUISA. *(Casi llorando.)* ¡Virgencita mía!... ¡Acláranos, si puedes, este misterio! *(En este momento aparecen en el umbral de la puerta de la "villa", a la izquierda, Abuela y Lucio. La primera, como siempre, con su bastón y se apoya en el brazo de Lucio. Viste por el estilo al acto anterior. Quédanse observando a María Luisa y hablarán en voz baja.)*
- LUCIO. *(Extrañado, en voz baja.)* ¡Eh!... ¿Se ha ido Alfredo?
- ABUELA. *(A Lucio, también en voz baja.)* Quizá sea mejor de momento.
- LUCIO. *(Idem.)* ¿Pero no has dicho que descabas hablar con él?
- ABUELA. *(Idem.)* Sí, pero... yo me entiendo.
- LUCIO. *(Idem y encogiéndose de hombros.)* Bueno. *(Ligera pausa.)* Fíjate, abuela. María Luisa está llorando.
- ABUELA. *(Idem y suspirando.)* ¡Pobre hija mía!
- LUCIO. *(Idem.)* ¿Qué habrá ocurrido entre ellos?...
- ABUELA. *(Idem.)* Vamos. *(Empiezan a bajar la escalera y llama a María Luisa, que habrá permanecido todo este tiempo sentada a la derecha y sin darse cuenta que han entrado estos personajes.)* ¡María Luisa! ¡Hija!...
- MARÍA LUISA. *(Al oír la llamada de la Abuela, corre a sus brazos, queriendo disimular que lloraba.)* ¡Abuelita! *(Entre Lucio y María Luisa ayudan a bajar las escaleras a la Abuela y vanse todos a la derecha de escena. A la Abuela la sientan en una cómoda butaca, y María Luisa queda a su derecha y Lucio a su izquierda. Estos, de pie.)*

- ABUELA. (*A María Luisa, mientras van a sentarla.*) ¿Por qué lloras?... Si todo se arreglará. ¿Ha estado contigo Alfredo?
- LUCIO. (*A la Abuela.*) Ya te he dicho que sí.
- ABUELA. (*A Lucio.*) A tí no te pregunto. (*A María Luisa.*) Dime tú.
- MARÍA LUISA. Sí, abuela; Alfredo ha estado aquí.
- ABUELA. ¿Y qué, y qué? ¿Sabe algo de...?
- MARÍA LUISA. Nada.
- LUCIO. (*A la Abuela.*) Ya te lo he dicho. Alfredo está en la higuera, como todos nosotros.
- ABUELA. (*A Lucio, un poco molestanda.*) Que no hables; que nada te pregunto.
- LUCIO. (*Encogiéndose de hombros.*) Vaya, todo sea por Dios.
- ABUELA. (*A María Luisa, un poco molestanda.*) ¿Pero él no sabe nada, ni acaso se figura...?
- MARÍA LUISA. No sé, abuela. Hace un momento se ha ido a buscar a su madre para ver si ella... tal vez...
- ABUELA. (*A Lucio.*) Anda, Lucio, cuéntale lo que Carmen te ha dicho por teléfono.
- MARÍA LUISA. ¿Pero es que Carmen sabe?
- ABUELA. Lo que se dice por San Sebastián.
- MARÍA LUISA. (*A Lucio.*) ¿Y habeis hablado de ello por teléfono?
- LUCIO. (*A la Abuela.*) ¿Ahora es cuando puedo hablar?
- ABUELA. (*Con gesto despectivo.*) ¡Ah, ganso!
- MARÍA LUISA. (*Inpaciente.*) ¿Qué se dice de mí y de Alfredo?
- LUCIO. En primer lugar te digo que hemos hablado sin citar nombres. Dicen que tú eres una romántica... (*A la Abuela.*) ¿Lo suelto todo, abuela?
- ABUELA. Sí, claro...
- MARÍA LUISA. ¡Por Dios, Lucio. No perdamos el tiempo en tontearías. Dí todo lo que sepas.
- LUCIO. Pues allá va. Entre las mil cosas que se dicen, una es que el Barón está enamorado de tí y que por eso estorba tus amoríos.
- MARÍA LUISA. Pchs ¡Qué sandez!
- LUCIO. Otros dicen que Alfredo es... un vividor... un...
- MARÍA LUISA. (*Enérgica e indignada, cortándole.*) ¡Eso es falso! ¡No puede ser!... (*A la Abuela.*) ¿Verdad, abuela, que no puede ser?
- ABUELA. No, claro que no.
- LUCIO. Yo también estoy de acuerdo contigo.
- MARÍA LUISA. ¿Qué más dicen esas cuatro familias, que parece que no tienen otro quehacer que preocuparse de vidas ajenas?...
- LUCIO. Pues nada, chica, que han inventado una novela. (*Esto lo ha de decir sonriendo.*) Dicen que la madre de Alfredo no es su madre, sino que es una mujer que lleva pagándole un buen sueldo, y que unas veces la hace pasar por su madre, otras por su señora, otras por una secretaria, etc., etc., según a él le convenga.
- ABUELA. ¡Pobre señora! ¡A qué crueldades se expone una madre!...
- LUCIO. Bueno, en fin. Que a Carmen no la dejarán venir

- a esta casa hasta que no hayas renunciado definitivamente a Alfredo.
- MARÍA LUISA. Y tú, abuela, ¿qué piensas de todo esto?
- ABUELA. No sé, no sé... (*Ligera pausa, y a Lucio.*) ¿Y tú no conoces íntimamente a Alfredo?
- LUCIO. Sí, se me ha confiado mucho. Lo trato... desde hace próximamente un año, y a su madre... Tú también la conoces.
- ABUELA. No se puede dudar de esa señora.
- MARÍA LUISA. Pero, Carmen, ella, ¿qué dice?
- LUCIO. El consejo que te da es que hagas caso a tu padre y te dejes de líos. Que novios no te han de faltar.
- MARÍA LUISA. ¡Muy fácil es decirlo!
- LUCIO. Yo te aconsejo lo contrario. Y que sea lo que Dios quiera. Más que lo que han hablado... no han de hablar. Con que, adelante.
- MARÍA LUISA. Gracias, Lucio.
- ABUELA. (*Enternecida, a Lucio.*) Alguna vez tenías que hablar con fundamento.
- LUCIO. (*Carinoso.*) ¿Me dejas que te llame abuela?
- ABUELA. Sí, tarambana. ¿Qué soy ya si no una abuela para todos vosotros? (*Forman un grupito, y a María Luisa, dándole ánimos.*) Y tú, no llores, que si está de Dios que te has de casar con Alfredo... seguiremos luchando contra todo y contra todos y, al fin, venceremos. (*A Lucio.*) ¿Podemos contar contigo siempre?
- LUCIO. ¡Toda la vida, no faltaba más!
- ABUELA. Pues ahora con la ayuda de Dios...
- MARÍA LUISA. (*A Lucio.*) No sé cómo agradecerte, Lucio.
- LUCIO. Nada, mujer, nada. (*A la Abuela.*) Y oye, abuela, ¿qué tal si no meterías a Dios en este lío?
- ABUELA. (*Molestadísima.*) ¡Calla, hereje! Es con el primero que hay que contar para todo. Lo que él tenga dispuesto, aquello ha de ser.
- LUCIO. Pues si lo tiene Dios dispuesto, ya nos podía anticipar algo, porque estar así... ¡vamos!...
- ABUELA. (*Molestadísima, a Lucio.*) ¡Haz el favor de callarte! ¡Ya sabes que no me gusta que se hable en mi presencia en ese tono de incredulidad!
- LUCIO. (*Arrepentido.*) Perdón, abuela.
- ABUELA. Que sea la última vez que te oigo hablar así.
- LUCIO. (*Idem.*) Sí, yo te lo prometo. (*Indignado y en su natural.*) ¡Pero si es que, claro, tengo los nervios con todas estas cosas que pasan, que...! (*Han entrado en este momento por la izquierda, saliendo de la "villa", Don Antonio. Viste por el estilo al acto anterior, sino que como de estar en casa. Estará un poco serio.*)
- DON ANTONIO. (*Cortándole la frase a Lucio y llamándole.*) ¡Lucio!...
- LUCIO. (*A Don Antonio.*) ¡Hola, tío! ¿Cómo estás? (*Se estrechan la mano.*)
- DON ANTONIO. ¿Otra vez por aquí?
- LUCIO. Sí. No entré antes... me dijeron que estabas tra-

- bajando, y ya me conoces; no me gusta molestar.
DON ANTONIO. (*Sin dejarle terminar.*) Anda, te llaman al teléfono.
LUCIO. ¿A mí?
DON ANTONIO. Sí.
LUCIO. Bueno, pues con vuestro permiso...
MARÍA LUISA. Sí.
LUCIO. (*Haciendo mutis por donde entró Don Antonio, y aparte.*) ¿Será Carmen? Claro. Que no puede estar sin mí. ¡Cuidado que son pelmas estas mujeres! (*Mutis.*)
(*Don Antonio vase lentamente pensativo hasta foro derecha, queda allí un momento y después se sienta a la izquierda de escena, primer término. La Abuela y María Luisa habrán permanecido todo el rato observando a Don Antonio desde la derecha.*)
MARÍA LUISA. (*Antes que Don Antonio se haya sentado y yendo a él muy cortada.*) Papá...
DON ANTONIO. (*Con fingida naturalidad.*) ¿Qué deseas, hija? (*Ahora se sienta.*)
MARÍA LUISA. (*Con la misma cortedad.*) Papá... (*Cae a los pies de Don Antonio, quedándose apoyada con los brazos en las rodillas de él.*)
DON ANTONIO. (*Un tanto extrañado.*) ¿Qué haces?
MARÍA LUISA. Papá... Quiero estar así contigo como cuando era muy pequeñita y abuela y tú porfiábais por quién de los dos me referiría un cuento más bonito.
DON ANTONIO. ¿Pero a qué viene ahora...?
MARÍA LUISA. Viene, papá, a que entonces, con aquellas fantasías tuyas, me hacías comprender claramente que vivías sólo para su Sisita querida, como entonces me llamabas, y siempre tu deseo era que yo fuese feliz, muy feliz. ¿Recuerdas, papá?
DON ANTONIO. ¡Pero hijo mía! Si es que no comprendo a qué viene el recordar... Supongo que no irás a parar con esta conversación...
MARÍA LUISA. (*Cortándole y un poco enérgica.*) Sí, papá; a eso voy a parar; a lo que rechazas sin motivo y sin darme una razón.
DON ANTONIO. ¡Qué sabes tú!... Eres muy joven para...
MARÍA LUISA. (*Un poco exaltada.*) ¿Para qué?... ¡Explicame!...
DON ANTONIO. (*Disimulando.*) Para... casarte.
MARÍA LUISA. (*Levantándose y enérgica.*) ¡No, no ibas a decir eso! ¡Tú algo me ocultas! No eres sincero en estos momentos...
DON ANTONIO. ¡Pero hija!
MARÍA LUISA. ¡No, no lo eres! (*Ligera pausa.*) ¿Tan grave es que te hace callar?
DON ANTONIO. Mira, hija mía. Si tú...
LUCIO. (*Entra en este momento Lucio y corta la frase a Don Antonio.*) ¡Tío Antonio!...
DON ANTONIO. ¿Qué hay?
LUCIO. La señora viuda de Baniert. que si la puedes recibir.
DON ANTONIO. ¿Cómo!... ¿La madre...?
MARÍA LUISA. Sí, papá. La madre de Alfredo.

- LUCIO. (A Don Antonio.) ¿Que sí o que no?
- DON ANTONIO. (A la Abuela.) ¿Te parece a tí que...?
- ABUELA. Yo creo que sí. Has ofendido a su hijo y...
- DON ANTONIO. ¿Uh?
- ABUELA. Lo has rechazado, me da igual; y es justo que la madre, por ser madre, venga a pedirte una explicación, ya que a él no se la quisiste dar.
- DON ANTONIO. Está bien. (A Lucio.) Dile que, sí. Que venga cuando quiera.
- LUCIO. Ya se lo dije.
- DON ANTONIO. Pero...
- LUCIO. Sabía que ibas a recibirla y en caso contrario hubiese corrido a su casa a avisarle. Hasta luego. (*Inicia mutis foro.*)
- MARÍA LUISA. (A Lucio.) ¿A dónde vas ahora?
- LUCIO. (*Confidencial.*) A entretener a Alfredo, mientras está aquí su madre. Adiós.
- MARÍA LUISA. Adiós.
(*Vase Lucio por foro derecha, contento, dando saltos.*)
- DON ANTONIO. (*Aparte, observando a María Luisa.*) ¡Pero no, no puede ser! ¿Qué diría el Barón y la gente que lo supiera, y ella misma, si algún día se enterase!
(*Mientras este aparte de Don Antonio, Abuela y María Luisa estarán juntas a la derecha, observándole.*)
- MARÍA LUISA. (*Confidencial, a la Abuela.*) Yo creo que si tienes un poco de habilidad... te dice todo. Papá es bueno, y, como casi todos los buenos, es ingenuo.
- ABUELA. (A María Luisa, *confidencial.*) Anda, déjanos solos, y luego te explicaré lo que hayamos hablado.
- MARÍA LUISA. Bien, sí, en tí confío.
- ABUELA. Porque sabes que en buenas manos está el panderero.
- MARÍA LUISA. (*Un poco cortada, a Don Antonio.*) Papá...
- DON ANTONIO. (A María Luisa, *un poco molestado.*) ¿Otra vez?...
- MARÍA LUISA. Que me perdones.
- DON ANTONIO. Estás perdonada.
- MARÍA LUISA. Dame un beso. Reconozco que...
- DON ANTONIO. Que has estado un poco inconveniente. Si cuando yo te digo que no debes querer a ese muchacho, mis razones tendré.
- MARÍA LUISA. (*Casi llorando.*) Sí, bueno. Te dejo con abuelita. Dame un beso.
- DON ANTONIO. (*Besando a María Luisa.*) Cuando los padres decimos las cosas...
- MARÍA LUISA. (*Yéndose casi llorando a hacer mutis dentro de la casa.*) Sí, papá, sí. Quiero que tengas razón.
- DON ANTONIO. Menos mal que vas recapacitando.
- MARÍA LUISA. (*Aparte y con toda la ingenuidad que en momentos la caracteriza.*) ¡Ya verás, ya verás ahora con abuelita!... ¡A ésta no la puedes!... (*Hace mutis.*)
- DON ANTONIO. (A la Abuela, *después de que María Luisa haya hecho mutis.*) Me alegro que nos hayamos quedado solos.

- ABUELA. Muy grave ha de ser el motivo para que no se lo hayas confiado a María Luisa.
- DON ANTONIO. Bien sabes que siento en el alma contrariar a mi hija. Quizá sea esta la primera vez que no accedo a sus deseos; pero cuando sepas... (*Muy ligera pausa.*) Yo hubiese preferido callar y echar tierra al asunto; pero vuestra actitud para conmigo en estos ocho días, y ahora mismo María Luisa...
- ABUELA. Veamos, veamos. Pero antes te diré que el mismo día que negaste a Alfredo tu consentimiento, me podías haber explicado lo que ahora vas a terminar por decirme, y nos habieses ahorrado el hacer mil comentarios y dar que hablar a cuantas personas nos conocen. Dime, dime lo que sea.
- DON ANTONIO. Pues tú juzgarás. Bueno, tú has de apreciar. (*Quédase un momento no sabiendo cómo empezar.*) No sé cómo decirte: es un poco...
- ABUELA. ¿Malo?
- DON ANTONIO. No, no precisamente... Este muchacho es hijo de una madre...
- ABUELA. (*Sonriendo dulcemente.*) Naturalmente.
- DON ANTONIO. (*Bajando el tono.*) No. Te explicaré. La madre de este muchacho estuvo en un tiempo reclusa en la cárcel.
- ABUELA. ¡Eh! ¡Pero!...
- DON ANTONIO. ¿Te escandalizas?... Ahí verás tú por qué me resultaba un poco enojoso hablar de este asunto.
- ABUELA. ¿Pero cómo? Explicate.
- DON ANTONIO. Le atribuían el haber matado a su marido, por celos de otra mujer; además era un hombre de dudosos negocios, no sé a ciencia cierta...
- ABUELA. (*Afectadísima.*) ¡Dios mío!...
- DON ANTONIO. Durante el tiempo que estuvo en reclusión, nació ese muchacho.
- ABUELA. (*Afectadísima y compasiva.*) ¡Pobre señora!
- DON ANTONIO. Verdaderamente. ¡Pobre señora!...
- ABUELA. ¡Qué desgraciada!... Sigue, sigue.
- DON ANTONIO. Mi amigo el Barón, que conocía en aquellos tiempos a esa mujer, y también había conocido a su marido, se brindó galantemente a defenderla.
- ABUELA. (*Un poco irónica.*) ¿Se brindó galantemente?
- DON ANTONIO. Sí, ya conoces lo desinteresado que es y su gran corazón.
- ABUELA. (*Afectadísima y con doble sentido.*) Sí, sí.
- DON ANTONIO. Y triunfó; consiguiendo de los jueces el hacerles creer se trataba de un suicidio. La Prensa habló mucho del suceso. Ahora tú comprenderás que yo, sabiendo la procedencia de ese mucho, de ninguna forma he de consentir se case con mi hija.
- ABUELA. (*Completamente afectadísima.*) ¿Y qué culpa tiene ese pobre Alfredo si...?
- DON ANTONIO. Ninguna; claro que no. Pero nuestro mundo no perdona.
- ABUELA. (*Casi llorando.*) ¡Pobre hija mía!... ¡Su primera ilusión de mujer, rota!...

- DON ANTONIO. Bien sabes que soy el primero en sentirlo; pero...
ABUELA. ¡Qué desgracia tan horrible!...
- DON ANTONIO. Ahora, lo que debemos hacer es evitar que María Luisa, de momento, lo sepa. Es muy joven y podría cometer una locura. (*Aparece en este momento por el foro derecha el Barón del Sauce. Viste por el estilo al acto anterior. Viendo que va a entrar el Barón, y en tono jovial.*) ¡Hombre!...
- BARÓN. (*Entrando.*) Buenas tardes.
- DON ANTONIO. Me alegro que vengas.
- BARÓN. (*Se ha dirigido a besar la mano de la Abuela.*) Señora doña Beatriz, siempre a sus pies.
- ABUELA. En buen momento llega, Barón.
- BARÓN. Vaya, pues me felicito.
- ABUELA. Tome asiento, haga el favor.
- BARÓN. (*Sentándose.*) Mil gracias, señora, y ustedes dirán de qué se trata.
- (*Don Antonio pasea por la escena, siempre estando en la conversación.*)
- ABUELA. Mi yerno acaba de explicarme en breves palabras el triunfo que usted obtuvo al defender a la madre de Alfredo.
- BARÓN. (*A Don Antonio.*) ¡Ah! ¿Pero le has dicho?...
- DON ANTONIO. Sí, aquí a... no he tenido otro remedio. Como estaban los ánimos ya, era mucho callar. Mi hija, aún no sabe nada.
- BARÓN. Entonces, habrá usted comprendido, señora, que ya es un gran justificante para que prohíba Antonio a María Luisa...
- ABUELA. No digo que no. Pero me gustaría conocer ese asunto detalladamente. Me interesa conocer, en particular, cómo fué usted quien se brindó galantemente a defender a esa pobre mujer. Bueno; si no resulta algo indiscreto...
- BARÓN. Nada de eso, señora. Si tanto le interesa, procuraré referirle el caso de la forma más agradable que me sea posible.
- ABUELA. Muchas gracias.
- BARÓN. Verá usted. Hará unos veinticinco años conocí al marido de esta señora, quien se llamaba como su hijo, Alfredo. Hombre de pocas palabras, debido a su carácter apocado. Por entonces acababa de llegar de Méjico, en donde había contraído matrimonio con Margarita, que así se llama la mujer esta que ahora tanto nos preocupa.
- ABUELA. Sí, siga Barón. Me es muy interesante conocer hasta el final.
- BARÓN. Margarita, encantadora mejicana, dieciocho años, de extremada simpatía, un tanto culta. En fin, una excelente mujercita.
- ABUELA. ¿El marido también era extranjero y tan joven?
- BARÓN. No, señora, era español y por entonces estaba en los treinta y cuatro a treinta y cinco años.
- ABUELA. ¿Es que el apellido Baniert...?
- BARÓN. Sí, data de franceses. Pero él era puramente es-

pañol; sus padres, muy humildes y personas honradísimas, vivían en un pueblecito de Castilla, que es donde él nació.

ABUELA. Claro, usted tenía que conocer todo esto por pura necesidad si había de informar ante un tribunal.

BARÓN. Figúrese usted.

DON ANTONIO. *(Sentándose.)* Bien, el asunto, que como os pongais a hacer comentarios, va a venir esa mujer y no te vas a enterar de nada.

BARÓN. *(A Don Antonio.)* ¿Esperas alguna visita?

DON ANTONIO. ¡Ah, sí! Que a tí no te hemos dicho.

BARÓN. Pero...

ABUELA. Sí, ha solicitado por teléfono que Antonio le reciba.

DON ANTONIO. Seguramen a pedirme alguna explicación.

BARÓN. ¡Pero aún tiene esa mujer el cinismo de presentarse a pedir explicaciones!

ABUELA. *(Un poco enérgica.)* ¡Es madre!... *(Con desprecio y compasiva.)* ¡Qué saben ustedes lo que esta palabra significa!

BARÓN. Señora, es que...

DON ANTONIO. *(Al Barón.)* No te dé cuidado; la recibiremos tú y yo.

BARÓN. Bien, bien; como tú dispongas.

ABUELA. *(Suspirando y compasiva.)* ¡Pobre señora! ¡Qué pena me dá!

DON ANTONIO. Anda, anda. Sigue.

BARÓN. Bien; este Baniert... tenía algunos negocios que al poco tiempo de estar en España le fueron fracasando. Esto es, que empezó a pasar esa mala racha que todos tenemos alguna o algunas veces en la vida. Entonces, valientemente, se comprometió en arriesgadas empresas; por lo visto, no consiguió lo que era su afán; y un mal día realizó un negocio dudoso, comprometiendo a una Sociedad bancaria, en la que precisamente mi padre era uno de los mayores accionistas. La cantidad que le importaba aquel negocio no quiso o no pudo dar cuenta de ella en determinado momento. Y presintiendo que iba a ser denunciado como estafador, una tarde del mes de diciembre, aprovechando que su mujer había salido de casa, en su despacho, puso fin a su vida disparándose un tiro.

ABUELA. *(Muy afectada y en voz baja.)* ¡Virgen santa!

BARÓN. Además, cometió la torpeza de no dejar escrita una carta para el juez, con el fin de que a nadie culpasen de su muerte. Entonces, se produjo la natural alarma y confusión. En aquellos tiempos se desconfiaba mucho de toda persona extranjera, por lo que el juez, hasta aclarar el suceso, dispuso que encarcelasen a Margarita.

ABUELA. *(Afectadísima.)* ¡Qué barbaridad, Dios mío!

BARÓN. Las primeras declaraciones que prestaron algunas personas que se llamaban amigos del infortunado marido, no fueron nada favorables para ella. Hubo quien declaró que por celos tenían continuamente

desavenencias. Como, por otra parte, ella, al verse detenida y con el dolor de la terrible pérdida de su marido, no supo probar su inocencia, le fué necesario que un abogado propagase ante el tribunal que había de entender el proceso, su absoluta inculpabilidad. Yo acababa de doctorarme en Derecho. Me había colegiado, necesitaba triunfar en el foro y me brindé a defenderla.

ABUELA.

Eso le honra mucho, Barón.

BARÓN.

Esa un caso de humanidad y resultaba hasta bonito defender a aquella joven, que ya era madre de Alfredo.

ABUELA.

Pero la justicia, al detenerla, ¿no se enteró de su estado?

BARÓN.

Yo creo que en el momento ni ella misma se preocupaba de lo futuro.

ABUELA.

¿Y tanto tiempo pasó hasta el día que se había de ver el proceso?

BARÓN.

(*Sonriéndose.*) Por entonces, figúrese, para cuando le llegó el turno, diez o doce meses.

ABUELA.

Pero si es que resulta casi criminal dejar que nazca la pobre criatura, que ninguna culpa tiene, en esos establecimientos.

BARÓN.

Así es, señora. Y crea usted que no es este caso único.

ABUELA.

Pues será que aún no se han dado cuenta del mal que hacen a esas pobres inocentes criaturas para su porvenir.

DON ANTONIO.

Y lo que antes dije, madre. No es cosa que nosotros, ahora, pretendamos decir a nuestro mundo que hace mal con rechazar a quien de tal sitio proviene.

ABUELA.

Naturalmente que si tú hubieses ignorado todo esto... consientes.

DON ANTONIO.

Sí, claro.

BARÓN.

Perdónenme: yo creía hacerles un bien al poner en antecedentes, en notificárselo a uno de mis mejores amigos.

DON ANTONIO.

Lo que te agradezco mucho. En tu caso, yo hubiese hecho lo mismo.

ABUELA.

Pues yo, **no**.

BARÓN.

Entonces, señora...

DON ANTONIO.

¿Pero vas a creer que mi buen amigo obró de mala fe?

ABUELA.

(*A duras penas se levanta, apoyándose en su bastón, y muy afectada.*) No, no quiero creer eso. Pero yo, no hubiese dicho nada. Dígame, Barón, ¿cuando usted la defendió, era porque realmente tenía pruebas de su inocencia?

BARÓN.

Sí, señora: tenía varias y todas ellas muy ciertas.

ABUELA.

Entonces, ¿ella quedaría en libertad?

BARÓN.

En efecto, señora, así fué. Y una vez libre marchó a Méjico, donde tenía familia. Yo mismo la acompañé hasta que embarcó. Fué un asunto que me dió mucho nombre.

- ABUELA. Lo contrario que a ella. Y veo que han hecho bien con no decir nada a María Luisa. Yo tampoco se le he de dar a conocer. (A *Don Antonio*.) Tú, definitivamente, ¿rechazas a Alfredo?
- BARÓN. Desde luego, señora.
- ABUELA. Perdóneme, preguntaba a mi yerno.
- DON ANTONIO. ¿Cómo quieres que yo...?
- ABUELA. (*Cortándole.*) Basta. (*Ligera pausa y un poco afectada.*) Nos limitaremos a decir a María Luisa y a todos cuantos pregunten, que el oponerse a ese matrimonio se debe... a que ella es todavía muy joven; no dando más satisfacciones a nadie.
- BARÓN. (*En tono jovial.*) Sí, señora. Perfectamente. Me parece muy bien.
- ABUELA. (*Muy secamente, al Barón.*) Gracias, celebro que en esto sea usted de mi parecer. (A *Don Antonio*.) Acompáñame, Antonio. Buenas tardes, Barón.
- BARÓN. (*Con una reverencia.*) Siempre a sus pies, señora.
- DON ANTONIO. (*Dando el brazo a la Abuela y yendo los dos adentro de la casa. A la Abuela.*) Deseas presenciar la entrevista con la madre de ese muchacho?
- ABUELA. No, ¿para qué? Lo único que te recomiendo es que midais las palabras con esa señora; acordaos que tratais con una mujer y que, además, es madre.
- DON ANTONIO. Sí, sí; no faltaba más. (*Hacen mutis en este momento.*)
- BARÓN. (*Después de que Don Antonio y Abuela hayan hecho el mutis.*) Pues, señor... nunca se sabe cómo acertar. Si lo digo, mal está; si me hubiese callado, y alguna vez se averigua que yo lo sabía, entonces, todos a hacerme mil cargos por no haberles dicho nada.
- DON ANTONIO. (*Entrando por donde hizo mutis con la Abuela.*) Chico, mi madre está ahora en su segunda niñez, y como mi hija es su juguete... le duele por ella. Perdónala.
- BARÓN. Sí, hombre. Siendo así como dices, lo encuentro lógico.
- DON ANTONIO. Oye. Procuraremos que la entrevista con esa señora sea breve, y también las palabras que no puedan afectarla mucho.
- BARÓN. Sí, claro. Se le hiere en el más hondo sentimiento. Se trata de su hijo, y el llanto de esta mujer nos ha de llegar al alma. Pero hay que ser fuerte, ¿eh?
- DON ANTONIO. Descuida. Vamos al despacho y esperemos a que venga.
- BARÓN. Sí; allí la recibiremos, evitando que alguien pueda escuchar las súplicas y lamentaciones de esa mujer. (*Inician mutis adentro de la casa.*)
- DON ANTONIO. (*Sonriéndose y con intención.*) Bueno, supongo que con tan encantadora viudita mejicana, y en tus tiempos de farra, habrías sabido ganarte bien su simpatía y...
- BARÓN. (*Cortándole.*) Mira, no. Me llevé petardo. Todo mi éxito fué defendiendo la causa; una vez en la calle,

muy agradecida, muy buenos amigos y nada más.
(Aparece en este momento, por foro izquierda, Margarita, la madre de Alfredo. Frisa en los cuarenta y tres años de edad, aunque su aspecto es el de unos treinta y ocho. Muy femenina, guapísima, mirada dominadora, imperativa; tipo elegante, vistiendo a la última moda. Habla con naturalidad y siempre pensando en lo que va a decir. Es simpática y afable. En momentos, sentenciosa y valiente.)

MARGARITA. ¡Muy buenas tardes!

DON ANTONIO. *(Al oír a Margarita, volviéndose a ella. El Barón hace lo mismo.)* ¡Eh!... *(Quédanse Don Antonio y el Barón parados ante tan deslumbradora mujer.)*

MARGARITA. *(Desde la puerta de la verja, queriendo reconocer al Barón, que la mira con fijeza.)* ¿Vive aquí Don Antonio Alrondo?

DON ANTONIO. *(Cortadísimo.)* Servidor de usted, señora.

MARGARITA. *(Ha reconocido al Barón.)* ¡Oh, sí! No me equivoqué. ¡Si está aquí el Barón del Sauce! Qué, ¿no se acuerda de mí?

BARÓN. *(Queriéndola reconocer.)* ¿Es usted, acaso...?

MARGARITA. Sí, Barón, Margarita...

(Don Antonio y el Barón, al oír que se trata de la madre de Alfredo, se quedan de piedra un momento. Don Antonio ha de hacer un gesto como de admiración a la belleza y soltura que demuestra Margarita. Por lo tanto, ya todo lo que hable lo hará con cierta sonrisa y en tono muy jovial.)

BARÓN. *(A Margarita va a darle la mano, y ella muy disimuladamente se la rechaza. Mismo juego que el Barón hizo con Alfredo en el acto primero.)* ¡Oh! ¿Cómo está usted? Perdóneme que no la haya reconocido en el momento.

MARGARITA. ¿Sinceramente que no me ha reconocido o es que no ha querido reconocerme?

BARÓN. ¡No diga usted eso!

MARGARITA. Es que nada me hubiese extrañado. No sería la primera vez que ello me ha ocurrido con las amistades de... cuando usted sabe.

BARÓN. La encuentro muy cambiada, Margarita.

MARGARITA. Tampoco me extraña eso, Barón. No nos hemos visto desde que tenía yo diecinueve años. ¡Figúrese, en tanto tiempo! Y no en balde pasan los años. Compréndame; no le quise decir que...

BARÓN. *(Cortándole.)* ¿Me va usted a piropear ahora? Por Dios, no, Barón. Bueno, a lo que venía. No soy partidaria de perder el tiempo inútilmente. *(A Don Antonio.)* ¿De modo que usted, caballero, es padre de la muchachita que a mi Alfredo le ha trastornado?

DON ANTONIO. Sí, señora; pero, vaya, no me parece que mi hija valga tanto como para...

MARGARITA. No siga. Conozco a su hija de haberla visto dos o tres veces y de referencia; y por lo mucho que

vale la encantadora chiquilla, no dudo que mi hijo esté enamoradoísimo de ella.

DON ANTONIO. Señora, mil gracias por ese juicio que tiene formado de mi hija; y si ahora usted me hace el favor de que pasemos a mi despacho...

MARGARITA. *(Como extrañada.)* ¿Para qué?...

DON ANTONIO. Para que tenga usted la amabilidad de exponerme el objeto de su visita.

BARÓN. Además, este vienteillo que corre aquí, quizá le pueda a usted molestar.

MARGARITA. *(Al Barón.)* ¿A quién, a mí?... Eso a usted, Barón, que ya está muy achacoso.

BARÓN. *(Queriendo disimular que le ha molestado lo que le ha dicho Margarita.)* ¡Por Dios, Margarita, no creo que...!

MARGARITA. *(A Don Antonio.)* Mire, caballero. Si es capricho de usted el que hablemos en su despacho, bien está; pero por mí, prefiero a quí mismo. Me resulta más sencillo. No tan ceremonioso; además, con este vienteillo que corre, si alguna palabra que dijéramos hubiera de molestarnos, él se la llevaría. ¿Verdad, Barón?

BARÓN. Sí, verdaderamente.

DON ANTONIO. *(Ofreciéndole una silla a la derecha de escena.)* Como usted lo desee, señora. Tenga la bondad de sentarse.

MARGARITA. *(Sentándose donde Don Antonio le indica, y éste y el Barón se sientan a la derecha de ella. En esta escena, Don Antonio será siempre dominado por los gestos del Barón.)* Mil gracias, es usted muy arrable.

DON ANTONIO. Aquí, el Barón, es un íntimo mío y puede usted hablar como desee, puesto que nada le oculto.

MARGARITA. Lo sabía. Tampoco él oculta nada a nadie.

BARÓN. *(Queriendo disimular otra vez que se ha molestado.)* ¡Qué buen humor tiene usted!...

MARGARITA. *(Al Barón.)* ¿Así le parece, Barón? Pues, aún no le he llamado a usted canallita.

BARÓN. *(Se levanta, y enérgico.)* ¡¡Señora!!

MARGARITA. *(Haciéndole sentar y sin darle importancia.)* Pero no se exalte, no se exalte. Hace un momento dijo que estaba yo muy cambiada; naturalmente, los años, el continuo luchar con la vida... Sin embargo, a usted lo encuentro igual que hace veintitantos años. *(Con gravedad cómica.)* Tan grave, tan dramático, ¡oh!... No se da cuenta, Barón, que en los tiempos actuales resulta esa gravedad un tanto ridícula. *(Barón, gesto de haberse molestado. A Don Antonio.)* Y, sin embargo, ahí donde lo ve usted, con ese gesto tan huraño, es un pobre diablo.

(Don Antonio sonríe.)

BARÓN. Vaya, con usted no se puede.

MARGARITA. *(Al Barón.)* Veo que va recobrando el sentido común. No está mal, Barón del Sauce. Me gusta.

BARÓN. *(Aparte, fastidiado.)* ¡Bueno!...

(Don Antonio está atónito ante Margarita y entusiasmado de ella.)

MARGARITA. Pues el objeto de mi visita, caballero, se trata sencillamente el querer conocer a usted y llegar a un acuerdo acerca de ese cariñazo de su hija y mi Alfredo.

DON ANTONIO. (Un poco serio.) Comprenda usted, señora, que...

MARGARITA. (Cortándole.) Se trata de mi hijo, que nació donde nació y... no debe ser ese matrimonio, ¿no es esto?

DON ANTONIO. (Un poco cortado.) Sí, en efecto, señora.

MARGARITA. (Corta pausa y muy seria.) ¿Usted ha pensado bien esa resolución?

DON ANTONIO. (Serio.) Sí, señora. Y permíteme que le diga que si me hubiese equivocado, al rechazar a su hijo, yo solo también sufriría las consecuencias de mi error.

MARGARITA. (Haciéndole frente.) ¡Ca, no, señor! Usted solo de ninguna manera. Dígame, Don Antonio, ¿desde cuándo le preocupa a usted ese asunto? Desde hace ocho días, ¿no?

DON ANTONIO. Justamente. Ocho días.

MARGARITA. Pues mire usted; a mí, desde que mis mismos parientes, al regresar a mi patria y hacerles conocer mi fatal desgracia, me trataban con cierto recelo. Eso los míos y a mí. No le quiero a usted decir que a mi hijo, que por entonces tendría poco más que un año, cuando le besaban, notaba que lo hacían por verdadero compromiso.

BARÓN. Comprenda, Margarita, que todos tenemos una cruz que llevar, y esa es la suya. Además, no es usted la única en el mundo que se pueda encontrar en este caso.

MARGARITA. (Le han saltado unas lágrimas y mientras se frota con el pañuelo.) Sí, puede que tengan ustedes razón. (Pausa corta y en su natural, dentro del afectismo del momento.) Ahora, desearía conocer la excusa que le han dado a su hija para oponerse usted a sus relaciones con mi hijo. Supongo que todos ignorarán la verdad.

DON ANTONIO. A mi hija, su abuela le estará diciendo que me opongo debido a que aún es una niña. A la abuela, o sea mi madre política, antes de que entrase en sospechas que hubiesen podido afectar a mi caballerosidad, me he visto en la precisión de hacerle saber todo. Mejor dicho aquí (señalando al Barón) le ha referido el suceso detalladamente.

MARGARITA. (Con una sonrisa fría y reconcentrado coraje, al Barón.) Y con detalles, ¿eh?

BARÓN. Fué ella quien se obstinó en querer saberlo todo.

MARGARITA. (A Don Antonio.) No le he dicho a usted de lo que hoy dispone mi hijo porque le creo tan caballero que no mirará este asunto como un negocio.

DON ANTONIO. Vea, señora, que ha sabido usted comprenderme. Crea usted que me doy perfecta cuenta de su dolor de madre en estos momentos.

- MARGARITA. Ahora, le agradeceré a usted, y también que se lo ruegue en mi nombre a su madre, que a nadie den explicaciones acerca de la verdad del por qué usted ha negado a su hija mi Alfredo. Pudiera algún día enterarse y... comprenda usted... hasta hoy nada sabe y quiero evitar que lo sepa.
- BARÓN. ¿De manera que su hijo ignora?...
- MARGARITA. Todo. Lo he dedicado a los negocios de representaciones de Casas extranjeras, no dejándole que terminase oficialmente una carrera, sabiendo que para matrículas u oposiciones le exigirían su partida de nacimiento, en la cual consta lo que para él pudiera ser su vergüenza.
- BARÓN. ¿Y al ir al servicio militar?
- MARGARITA. No; mi hijo está nacionalizado en Méjico y nada tiene que ver con España para cumplir esa obligación. Claro, que es desertor de su patria postiza, nada más. No sé si esto resultará un poco falso. Pero... ¡qué le vamos a hacer!
- BARÓN. Sí, sí. Siempre ha demostrado usted ser bastante inteligente.
- MARGARITA. No, Barón. Sencillamente que estoy un poco en todo.
- BARÓN. También sabemos por su hijo que trabajan ustedes **mucho** y que van muy bien sus negocios.
- MARGARITA. Sí, eso; que trabajamos mucho. (A Don Antonio.) Vaya, pues, si usted me hace el favor de llamar a esa simpática abuelita, sentiría un verdadero placer al saludarla.
- DON ANTONIO. Con mucho gusto. ¿Quiere usted pasar?
- MARGARITA. No, gracias; es cuestión de un minuto.
- BARÓN. (Iniciando el mutis por la izquierda.) Entonces, voy en seguida yo...
- DON ANTONIO. No, no te molestes. Voy yo.
- MARGARITA. Quédese, Barón. Deseo mientras hablar unas palabras con usted.
- BARÓN. Bueno.
- DON ANTONIO. (Inicia mutis adentro de la casa y se vuelve a Margarita.) Haré que venga mi hija para que usted la conozca personalmente.
- MARGARITA. ¡Oh!... Mil gracias, don Antonio.
- DON ANTONIO. (Haciendo mutis.) De nada, de nada. (Mutis.)
- MARGARITA. (Al Barón, con mucha sangre fría y después que Don Antonio haya hecho mutis.) ¿Con que todos hemos de llevar una cruz y esa es la mía, eh?... ¡Cuidado que es usted canalla!...
- BARÓN. ¡¡Margarita!!
- MARGARITA. (Lo mismo.) ¡Sí, canalla! ¡Hipócrita! ¡Mal hombre!
- BARÓN. ¡Señora!... ¡Haga el favor!...
- MARGARITA. (Idem.) ¡Si estoy llamándole por su nombre! ¡Usted que mató a disgustos a su padre para heredar ese título de Barón que tan indignamente lleva!...
- BARÓN. ¡Mida sus palabras, señora!...
- MARGARITA. Demasiado medidas están. ¡Ya está usted satisfecho!... ¡Ya se ha vengado bien!... ¡No consiguió hacerme su amante y ahora, en venganza, echa por

tierra ante esta honorable familia el buen nombre mío y de mi hijo, para destruir, por si aún fuera poco, su felicidad!...

BARÓN.

MARGARITA.

¡Usted está enferma y no sabe lo que se dice!... Claro. ¡La combinación suya no estaba mal tramada! Tropezó usted con mi marido, que era un ingenuo, y pensó: "Este es el hombre que yo necesito". Cuanto más caballero y más apocado de carácter, mejor. El día que se descubran mis cana- lladas, todas las culpas recaerán sobre él; y si es un caballero, antes de ir a presidio y comprometerse, se pegará un tiro. Si así resultase, de momento e indirectamente hago que recaiga la culpa de su muerte sobre su mujer. Luego, yo, que soy una perfecta nulidad como abogado, y como tendré pruebas científicas de su inocencia, me brindo a ser su defensor, y nada, ¡el éxito es rotundo!... Puesta en libertad, me habré ganado sus simpatías y hasta su corazón. ¡Muy bien!... ¡Estupendo plan! Tengo dinero, un gran nombre como abogado y la gratitud sin límites de una viudita. ¡Ah! Y si el hijo de esta mujer viene al mundo y nos molesta un poco, se le encierra en un colegio de parvulitos, y a vivir los dos tan felices hasta que me canse, porque por mucho que ella quiera que nos case- mos, yo nunca la acepto en matrimonio. Y, efecti- vamente, todo lo fué saliendo conforme lo había planeado: en lo único que se equivocó—claro, cual- quiera se equivoca—fué en lo que contaba con la viudita, pues se trataba sencillamente de una bon- rada madre, que el haber tenido aquel hijo la dió fuerzas y bríos para hacer frente a una honrosa vida y crear un porvenir a la inocente criatura para que nunca pudiera avergonzarse de su madre. (Al Barón.) ¿No fueron así todos sus planes? ¡Ca- nalla!

BARÓN.

(Enérgico.) ¡Señora! ¿Qué está usted diciendo? ¡Ter- minemos de una vez!

MARGARITA.

(Ligera pausa, un gesto de hacerle frente y muy valiente.) ¡Sí, señor, terminemos! ¿Usted está vien- do con qué serenidad estoy en estos instantes? Pues fíjese en lo que voy a decirle, porque éste, éste es el verdadero objeto de mi visita. Yo podía de- nunciarle: hacer ver a todas sus amistades quién ha sido usted para mí. Pero no soy rencorosa. Pues bien; yo, desde este momento, olvido todo, o haré por olvidar: ahora que como yo vuelva a saber que es usted quien se interpone en nuestra vida, como lo ha hecho en esta ocasión, entonces habrá de entendérselas con mi hijo, que bien man- dado por mí, le hará una guerra a muerte.

BARÓN.

¡Por Dios, Margarita!... Yo le doy mi palabra de honor que jamás, en mi vida, vuelvo a ocuparme de ustedes. Créame que en esta ocasión no pensé en el mal que pudiera hacerles; créame. Si usted

hubiese hablado conmigo el día que mi amigo Antonio rechazó a su hijo, quizá en el momento lo hubiese arreglado; pero ahora, una vez que usted misma ha hablado con él, no sé... no sé cómo rectificar... Es demasiado tarde.

MARGARITA. No... no, no, no. Ahora, no. Ya lo ha dicho usted: es demasiado tarde. De todos modos, es igual. Mañana mismo saldré con mi hijo para Madrid y haré por que olvide a esa pobre mujercita y ciego por su cariño cometa alguna tontería.

BARÓN. *(Viendo que van a entrar en escena, por la izquierda, Don Antonio y seguidamente María Luise y del brazo de ésta la Abuela.)* Disimule, que ya vienen.

MARGARITA. *(En su tono natural.)* Pues nada; supongo que, aunque el vienteillo se haya llevado las palabras, usted, sin embargo, se habrá dado perfecta cuenta del valor que ellas tenían. ¿verdad, barón?...

BARÓN. *(Sonriente fingido.)* Sí: sí, señora, sí.

DON ANTONIO. *(Entrando en escena, al Barón y a Margarita, en su tono jovial. Seguidamente entran María Luisa y Abuela.)* ¿Importunamos?

BARÓN. ¡No, hombre!...

MARGARITA. *(Muy amable.)* Nada de eso, don Antonio. *(Yendo a la Abuela, que habrá aparecido en este momento con María Luisa en la puerta de la izquierda. Excesivamente cariñosa.)* ¡Oh, señora! ¿Cómo está usted?

ABUELA. *(Triste.)* Bien, bien.

MARGARITA. *(La coge de un brazo, y entre María Luisa y ella la ayudan a bajar la escalera.)* Perdóneme que la haya molestado.

ABUELA. No, señora. Si tengo mucho gusto en saludarle. Además, el andar un poco me conviene.

MARGARITA. *(A Don Antonio, por María Luisa.)* ¿Esta nena es su hija, verdad?

DON ANTONIO. *(A Margarita.)* En efecto, señora. *(A María Luisa.)* María Luisa...

MARGARITA. ¡Oh, qué bonito nombre!

DON ANTONIO. *(A María Luisa, indicando a Margarita.)* Esta señora es la madre de Alfredo.

MARÍA LUISA. *(Un poco afectada y cariñosa.)* Tantísimo gusto en conocerla, señora.

MARGARITA. *(Cariñosísima y afectada, maternal.)* Gracias, nena. También yo siento un verdadero placer. ¿Me dejas que te dé un beso?

MARÍA LUISA. *(Idem.)* Sí: sí, señora. Lo que usted quiera.

MARGARITA. *(Echa rápidamente una mirada como de odio al Barón, que está a la derecha de escena pensativo cabizbajo. Después da un beso a María Luisa, excesivamente maternal.)* ¡Hija mía, ya he quedado con tu papá en que aún sois demasiado jóvenes para...
(Se corta porque oyen a Alfredo que entra. Cuando lo está besando Margarita a María Luisa, aparecen dicho momento por foro derecha Alfredo y Lucio.)

- ALFREDO. (*Excitadísimo, a Lucio.*) ¡Mira, me alegro que estén todos aquí! (*Entrando en el jardín, a todos, muy imperioso.*) ¡Buenas tardes!
- BARÓN. ¡Eh!
- ALFREDO. (*En su natural y un poco extrañado.*) Buenas tardes.
- LUCIO. (*Entrando siguiendo a Alfredo y en su natural.*) ¡Hola!... (*Vase a quedar a la derecha de escena, entre Don Antonio y el Barón; y por la espalda a éste va a darle un golpe, pero se contiene.*)
- ALFREDO. (*A Margarita.*) ¡Madre! ¡Quiero que me expliques!...
- MARGARITA. (*Cortándole y muy enérgica, dominándole.*) ¡Alfredo!... ¿Qué tono de hablar es ese?... ¡Nunca me has hablado así!... ¡Estás en una casa extraña!... ¡Ante estos señores!
- ALFREDO. (*Intimidado, casi asustado por el respeto que le tiene a su madre, y el dominio que tienen sus palabras.*) ¡Madre!...
- MARGARITA. (*En el mismo tono.*) ¡Y, sobre todo, soy tu madre y no debes dirigirte a mí nunca en ese tono de superioridad, de soberbia, de fuerza! ¡No sé a qué has venido!... (*Bajando un poco el tono.*) Despídete de María Luisa y vámonos a casa.
- ALFREDO. (*Suplicante.*) ¡Pero mamá, es que...!
- MARGARITA. (*Medio tono.*) Anda, anda, despídete.
- ALFREDO. (*Bastante afectado, un tanto nervioso, le da un apretón de manos a María Luisa.*) ¡María Luisa!... ¡Adiós!... ¡Perdóname si te he entretenido durante un tiempo!... (*Afectadísimo.*) ¡María Luisa!... (*Permanecen unos segundos en un fuerte apretón de manos. Mientras María Luisa y Alfredo están despidiéndose, Margarita, al ver a su hijo que casi está llorando, mira al Barón con fijeza y odiándole. Este estará con la cabeza baja, como reconociendo sus culpas. La Abuela está casi llorando. Don Antonio, mirando con cierto arrobamiento a Margarita y pensativo.*)
- MARGARITA. (*Un poco enérgica.*) ¡Vamos!...
- ALFREDO. (*Dejando la mano de María Luisa. A la Abuela.*) ¡Adiós, abuela!...
- ABUELA. ¡Así llámame siempre que de mí trates: abuela, y que seas muy feliz, hijo!...
- ALFREDO. (*A Don Antonio, queriendo ser natural.*) Ruego a usted, don Antonio, que me perdone si en algo le he podido molestar...
- DON ANTONIO. No, nada, muchacho. Vaya sin ningún cuidado. (*Le tiende la mano.*)
- ALFREDO. (*Estrechándole la mano, un poco nervioso.*) ¡Muchas gracias, don Antonio!...
- MARGARITA. (*Afectadísima, a la Abuela.*) ¡Que usted siga bien, señora!...
- ABUELA. (*Afectadísima.*) ¡Lamento de corazón!...
- MARGARITA. (*A la Abuela.*) ¡Le creo a usted! ¡Muchas gracias!... (*A María Luisa, besándola y maternal.*) Adiós, hijita.
- MARÍA LUISA. (*Casi llorando.*) ¡Adiós, señora, y perdón por todo!...

- MARGARITA. (*Le da otro beso.*) ¡Nada, nena, al contrario!... (*A Don Antonio.*) ¡Don Antonio!...
- DON ANTONIO. (*Estrechándole la mano.*) Tantísimo gusto, señora. Siempre a sus pies.
- MARGARITA. (*Al Barón.*) Buenas tardes, Barón.
- BARÓN. (*Muy cortado.*) A los pies de usted, señora.
- MARGARITA. (*A Lucio, dándole la mano.*) A usted le veré cuando quiera.
- LUCIO. (*Estrechando la mano de Margarita.*) ¡Pues no faltaba más, señora! Y siempre a sus órdenes.
- MARGARITA. (*A Lucio.*) Mil gracias. (*A todos.*) ¡Buenas tardes!... (*Alfredo, mientras su madre se despedía, estaba fijo en María Luisa y ésta en lo mismo.*)
- ALFREDO. (*Mirando a María Luisa, como si con ella se quedase su vida. A todos.*) ¡Buenas tardes!
- DON ANTONIO. (*A un tiempo con Lucio y Barón, y con reverencia a Margarita y Alfredo.*) ¡Muy buenas tardes!
- (*Alfredo y Margarita hacen mutis por foro derecha. Alfredo, hasta que haga mutis, volviéndose a mirar a María Luisa con gesto de dolor. El Barón permanece, hasta que el telón cae, con la cabeza baja y pensativo. Lucio mira al Barón despectivamente. Don Antonio a Margarita, con arrobamiento. Abuela llora silenciosamente.*)
- MARÍA LUISA. (*Una vez que haya desaparecido de escena Margarita y Alfredo, en un arranque como de revelarse, y muy enérgica en el gesto se va a Don Antonio. Este, con un gesto de severidad, se impone. Entonces transición de María Luisa y va a los brazos de la Abuela, llorando.*) ¡Abuela, abuela!... (*Lucio hace ademán de agredir por la espalda al Barón. Telón rápido.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La acción, en casa de Margarita. Han transcurrido unas horas desde el acto anterior. Son próximamente las diez de la noche. La escena representa un despacho elegante, con muebles cómodos y de valor. En primer término lateral izquierda, puerta que conduce a la entrada de la casa. En el foro, gran puerta de cristales, por la que se verá un extenso corredor con un mirador que da acceso al jardín. A la derecha primer término, otra puerta, que conduce a habitaciones interiores de la casa. Aquí, cubriendo la puerta, habrá un biombo, colocado de manera que cuando haya detrás de él algún personaje, no pueda ser advertido por otros que se hallen en escena; sólomente podrán ver los personajes que se encuentran en el biombo el público y aquellos que entrasen en escena por esa misma puerta. La habitación, convenientemente tapizada y alfombrada. Del techo pende un rico aparato de luz. En la mesa-despacho, papel de cartas, un timbre, teléfono, cuatro o cinco cartas como que se acaban de recibir y dos telegramas también cerrados. En fin, un despacho con todo lo necesario para una persona de grandes negocios. El decorado desea el autor que sea en tono obscuro, bien granate o verde.

(Al levantarse el telón, Alfredo estará sentado en el despacho. Viste con el mismo pantalón que llevaba en el acto anterior y un batín totalmente cerrado, a modo de "jersey".)

ALFREDO.

(Estará un instante pensativo y con decaimiento. Toca el timbre. Después va abriendo los telegramas y leyendo casi entre dientes.) "Aceptaríamos primer pedido diez mil transformadores con exclusiva Cataluña. Conforme nuestra carta. Saludos.—Rusell."
(Quédase otro instante pensativo y deja a su derecha el telegrama que acaba de leer y se dispone a abrir el segundo y leyendo.) "Ha fondeado puerto cabo número dos; empezamos desembarque motores.—Rivero." *(Ha entrado por foro un criado de unos veinticuatro años, y éste viste smoking. Se queda parado en la puerta, esperando órdenes de Alfredo,*

- y éste al criado, indicando las cartas.) ¿Esto es todo lo que ha llegado en el correo de la tarde?
- CRIADO. Sí, señorito.
- ALFREDO. Está bien.
- CRIADO. Debo decir al señorito que mañana, a primera hora, traerán los paquetes que hay en la Aduana de Irún. Está bien. Diga a la señora que venga. *(Criado, con una reverencia, hace mutis por don apareció. Alfredo deja el telegrama que ha leído y se queda pensativo. Instintivamente va bajando la cabeza apesadumbrado.)*
- MARGARITA. *(Entra en seguida por donde desapareció el Criado. Viste con un elegante traje de noche, pero de casa. Estará guapísima, y en su natural a Alfredo.)* ¿Qué me querías?
- ALFREDO. *(Con decaimiento; mostrándole los telegramas a Margarita.)* Mira, lee.
- MARGARITA. *(Coge los telegramas y leyendo entre dientes.)* “Ha fondeado puerto cabo número dos; empezamos desembarque motores.—Rivero.” *(Con naturalidad, mirando el telegrama.)* ¡Muy bien!... ¡Ya podemos estar tranquilos!... *(Por el otro telegrama.)* Este otro... “Aceptaríamos primer pedido diez mil transformadores con exclusiva Cataluña. Conforme nuestra carta. Saludos. — Rusell.” *(A Alfredo.)* Yo creo que debemos aceptar. De todos modos, haces un pequeño estudio y lo ves.
- ALFREDO. *(Apocado.)* Si a tí te parece que conviene, pues, aceptado por mi parte.
- MARGARITA. Bien; ya haremos detenidamente números y veremos si nos conviene.
- ALFREDO. *(Idem.)* Bueno.
- MARGARITA. Pero, hijo, no pienses tanto; ni te acobardes de esa manera. Dentro de quince días, ya no te acuerdas de nada.
- ALFREDO. ¡No, mamá! ¡Eso no! La quiero mucho para en quince días poder olvidarla!... Además, ¿por qué?...
- MARGARITA. Ya lo has visto. No consienten. Se conoce que les parece muy poco. Querrán un título nobiliario.
- ALFREDO. ¡Eso será el padre y ese estúpido Barón! ¡A la abuela, que tiene más sentido común que todos, le parecía perfectamente; ya lo has visto; casi lloraba cuando nos despedíamos!...
- MARGARITA. ¡Es muy buena la viejita!
- ALFREDO. *(Triste.)* ¡Pues ya lo ves, aun con todo!...
- MARGARITA. Escúchame, Alfredo. Es conveniente que mañana mismo, a todo lo más tardar pasado mañana, nos vayamos a Madrid.
- ALFREDO. ¿Para qué tanta prisa?
- MARGARITA. Mientras estemos en Fuenterrabía, para tí siempre... Además, estamos finalizando septiembre. Ya es tiempo de que pongamos fin a nuestro veraneo.
- ALFREDO. ¿Te parece que escriba una carta a María Luisa despidiéndome?
- MARGARITA. No hace falta. Ya su padre le habrá dicho...

- ALFREDO. Y sí, mamá. Te repito: tienes razón. No hay que acobardarse.
- MARGARITA. Yo me ví en el mundo contigo cuando apenas si tenías un año, sin amparo de nadie; es más, los hombres, que no veían en mí más que a la mujer, no vacilaron en hacerme proposiciones, todas ellas denigrantes para un hijo...
- ALFREDO. *(Con reconcentrado coraje.)* ¡Canallas!
- MARGARITA. *(Muy natural.)* No, Alfredo. Yo, que tenía diecinueve o veinte años, y les parecía bonita y agradable, y ellos... al fin, hombres, nada más que hombres
- ALFREDO. ¿Pero es que no veían que no eras tú sola, que me tenías a mí?
- MARGARITA. ¡Ay, hijo mío!... ¡Qué poco conoces a los hombres, a pesar de tus veinticinco años!... ¡Y cuánto me complace oírte hablar así!... Por eso mismo, Alfredo, hice frente a la vida, trabajando y luchando con ella a brazo partido, y siempre sonriente, jovial, optimista...
- ALFREDO. *(Dándole un beso.)* ¡Cuánto te debo!... Gracias, mamá.
- MARGARITA. Y ten en cuenta que madre hay una, mujeres muchas; pero como toda mujer pudiera ser madre, respétalas siempre. Porque si en vosotros, los hombres, el honor en un momento llega a estar en entredicho o tirado por tierra, sólo os es suficiente para recogerlo y limpiarlo del fango que se había manchado, realizar una heroicidad o un simple cambio de vuestra vida; mientras que mujer que pierde su honor... perdido está para siempre.
- ALFREDO. Sí, mamá. Todo eso me lo has dicho tantas veces... *(Ligera pausa.)* Yo te prometo proporcionarte muchas horas de dicha, de felicidad, y los dos siempre juntos; porque esto sí, María Luisa ha sido mi primera ilusión de amor; a tí te consta. Créeme, mamá, yo, al ver lo ocurrido, me parece casi imposible que en mi vida vuelva más a otra mujer.
- MARGARITA. Sí, hijo mío, lo encuentro muy natural.
- CRIADO. *(Por primer término izquierda, entrando.)* Señora... El señorito Lucio está en el recibimiento.
- MARGARITA. Hágame pasar aquí en seguida, y tú, Alfredo, déjame sola con él.
- ALFREDO. Bien, como quieras. *(Mutis Criado por donde entró.)*
- MARGARITA. *(Acompaña a Alfredo hasta foro derecha, que es donde hace mutis aquél. Aparte.)* ¡Pobre hijo mío!...
- LUCIO. *(Entran por primer término izquierda Criado y Lucio; el primero hace una reverencia y seguidamente mutis. Lucio viste como en el acto anterior. Yendo a Margarita a besarle la mano. A medio tono.)* Buenas noches, ¿cómo está usted, señora?
- MARGARITA. Bien, muchas gracias. Siéntese, hágame el favor.
- LUCIO. Gracias, señora. ¿Prefiere usted la butaca?
- MARGARITA. ¡Oh, es igual!
- LUCIO. Muchas gracias, señora. ¿Y Alfredo?
- MARGARITA. Acaba de retirarse a sus habitaciones. Está muy

- apenado. Hace un momento se le han saltado las lágrimas y se retiró, tal vez para llorar solo.
- LUCIO. ¿Pero se habrá acostado?
- MARGARITA. ¡Oh, no, no! Ya me lo hubiese dicho.
- LUCIO. Entonces, es conveniente dejarlo solo un buen rato. Luego voy, y jugaremos nuestra partidita de "ajedrez". Procuraré distraerle.
- MARGARITA. Es usted muy amable.
- LUCIO. Un buen amigo, nada más.
- MARGARITA. Y, dígame, Lucio, ¿hablaron ustedes de nosotros mientras cenaban?
- LUCIO. ¡Ah!, no lo sé, señora.
- MARGARITA. ¿Cómo?
- LUCIO. Me explicaré; diez minutos después de haber salido ustedes de aquella casa, los dejé yo también, yéndome a San Sebastián a ver a mi prometida, y he cenado en su casa. ¡Cualquiera se quedaba a cenar en casa de María Luisa!... ¡Tenían todas las caras demasiado largas!
- MARGARITA. ¿Y eso?
- LUCIO. Cuando ustedes se marcharon, el cisco que se produjo fué enorme. María Luisa, muy enérgica, y con los nervios en alta tensión, recriminaba a su padre porque no había consentido. No le faltaba razón.
- MARGARITA. ¡Oh, gracias!
- LUCIO. La abuela, toda desconsolada, aprobaba la actitud de la nieta. Muy natural.
- MARGARITA. ¿A la abuela le parecía bien el matrimonio?
- LUCIO. ¡Cómo bien! ¡Perfectísimamente!
- MARGARITA. (*Con ternura.*) ¡Qué buena señora!
- LUCIO. ¿Buena? ¡Un cacho de rosce! Y en este caso, como siempre, su opinión es muy justa.
- MARGARITA. Son ustedes muy buenos.
- LUCIO. Para que se dé usted cuenta de lo que es la gente, hubo quien dijo que el Barón estaba enamorado de María Luisa, y que éste, por no contrariar a su padre, y por ostentar también un título, que no le era del todo indiferente.
- MARGARITA. (*Sonriendo.*) ¡Oh, qué barbaridad!
- LUCIO. Claro que sí. Un absurdo, desde el momento que todos sabemos bien cómo es mi prima.
- MARGARITA. ¡Ah! ¿Pero es prima de usted María Luisa?
- LUCIO. Prima, prima... le diré a usted. La abuela, doña Beatriz, es prima hermana de mi abuela paterna, y para cuando llega a mí ya resulta una tía tercera, porque para mi padre viene a ser una tía segunda. ¿Parece esto una charada, no?
- MARGARITA. (*Sonriendo.*) Sí, efectivamente.
- LUCIO. Y, claro, María Luisa, usted verá: es prima para mí en cuarto lugar. ¡Pchs!, nada. Pero, claro; es que nos hemos criado juntos y siempre nos hemos llamados primos. Es el mismo parentesco que me une con mi prometida.
- MARGARITA. ¡Ah! Perdóneme que no le haya preguntado antes...
- LUCIO. ¡Por Dios, señora! Muchas gracias.

- MARGARITA. ¿Para cuándo piensan casarse?
- LUCIO. Allá para marzo o abril.
- MARGARITA. ¿Sí? Muy bien. En la primavera. París, Londres, Berlín, etc., etc.
- LUCIO. Sí, señora; etc., etc. Pero muy etc., etc., etc. Y créame usted, señora, que si también siento que a María Luisa no la dejen casarse con Alfredo, es porque se podían haber celebrado las dos bodas un mismo día. ¿Qué le parece a usted esta idea mía? Es bonita, ¿verdad?...
- MARGARITA. Sí, muy bonita; (*en tono triste*) pero...
- LUCIO. (*Indignado.*) ¡Ve usted, señora; eso es lo que me saca de quicio! ¡Siempre que planeo alguna idea feliz, me sale algún pero... y en esta ocasión...! ¡vaya un pero!... ¡Vamos, que no hay derecho a decir que María Luisa, a los veinte años, es joven para casarse! ¡Cuando en otros países, las mujeres a esa edad ya se han divorciado dos o tres veces!
- MARGARITA. (*Sonriente.*) No tanto, no tanto.
- LUCIO. Ponga usted lo que quiera, me es igual; pero le digo a usted francamente, como también se lo he dicho a mi tío, que ustedes no hacen bien al no consentir el matrimonio.
- MARGARITA. (*Extrañada.*) ¿Eh?...
- LUCIO. ¡Sí, señora, ustedes! ¡Tanto usted como mi tío!... ¡Perdóneme, señora, que le hable con esta franqueza!...
- MARGARITA. Pero...
- LUCIO. ¡Que sí, señora; que les he jamado la tostada!... ¡Que en mí no cuela eso de que María Luisa es muy joven todavía! ¡Claro, muy bonito... Usted siempre con su hijito, y mi tío, lo mismo con su María Luisa. Pero le repito a usted, señora, que no está ni medio bien, tanto egoísmo. (*Ligera pausa.*) Si usted tuviese siete hijos, como mi pobre madre, y mi tío siete hijas, y se viera negro para casarlas, entonces, entonces me dirían ustedes lo que era bueno.
- MARGARITA. (*Sonriéndose.*) ¿Pero siete hermanos son ustedes?
- LUCIO. (*Serio y digno.*) Sí, señora, siete. Y hemos sido once. Mi padre se propuso formar un equipo de fútbol, y lo consiguió. ¿Qué le parece a usted?...
- MARGARITA. Que sus padres merecían una condecoración y, en particular, su madre.
- LUCIO. En Francia creo que el Gobierno dá algo; pero en España... ¡Contentos se pueden ver mis padres si no les han puesto una contribución!
- MARGARITA. (*Sonriéndose.*) Le creo, le creo.
- LUCIO. Pues sí, señora. Por esta vez no les ha valido a ustedes. (*Misteriosamente.*) Lo sé todo, señora.
- MARGARITA. (*Un poco alarmada.*) ¿Cómo?
- LUCIO. Que sí, que no me duermo en las pajas. (*Dándoselas de listo.*) Lo han hecho ustedes muy mal. Usted visita a mi tío y se despide tan natural; como si nada hubiese ocurrido. Mire usted, señora. Me precio

- de conocer a usted un poco. Y si a su hijo lo rechazan por eso, por una tontería, como es el calificar a mi prima de ser muy joven, usted a mi tío, y a veinte tíos, les canta usted las cuarenta y tres; Sí, señora; las cuarenta y tres; esas, por lo menos.
- MARGARITA. ¿Y ya sabe usted de fijo si en aquella entrevista canté, como usted dice, las cuarenta y tres?...
- LUCIO. Cuando usted se despidió, en particular de mi tío, no se le notaba nada anormal.
- MARGARITA. Es que he aprendido muy bien a sujetar mis nervios en los momentos precisos.
- LUCIO. No quiero contradecirle, señora. Total, ya está hecho; y si ustedes se van a Madrid, como le ha dicho usted al Barón...
- MARGARITA. Sí; si podemos mañana, en el sudexprés.
- LUCIO. ¿Pueden retrasar ustedes ese viaje tres o cuatro días?
- MARGARITA. Como poder, sí.
- LUCIO. Lo digo porque el día 22 voy a Madrid, y si ustedes esperasen, podían ir conmigo en el coche. Los criados en el tren con el equipaje.
- MARGARITA. Sí, naturalmente. *(Como que le ha convencido algo lo que acaba de decirle Lucio.)* Y un millón de gracias; pero... no sé qué contestarle, Lucio... ¡Tanta amabilidad!...
- LUCIO. Nada, nada. Ustedes me hacen compañía y el viaje será delicioso; ya verá usted, en ocho horas nos presentamos en la Puerta del Sol. *(En tono un poco madrileño castizo.)* ¡Qué! ¿Hace?
- MARGARITA. Ya le contestaré a usted mañana.
- LUCIO. *(Mismo tono.)* Que sí, ¿eh?
- MARGARITA. ¿Cómo se le conoce a usted que es madrileño!
- LUCIO. Neto, sí, señora. Nacido en la calle Preciados y mi abuelo fué alcalde de Chamberí. ¿Qué le parece a usted?
- MARGARITA. Sí, sí; ya está bien.
- LUCIO. *(Levantándose.)* Bueno, señora. Con el permiso de usted, voy a ver qué hace su desconsolado hijo.
- MARGARITA. *(También se ha levantado.)* Sí, vaya; usted le animará con su charla.
- LUCIO. Gracias, señora; es lo menos que pueden hacer en estos casos los buenos amigos.
- CRIDO. *(En este momento aparecerá el Criado por primer término izquierda, con una bandeja; en ella, dos tarjetas de visita.)* Con permiso de la señora.
- MARGARITA. ¿Qué es?
- CRIDO. Estos señores solicitan que la señora les reciba.
- MARGARITA. *(Cogiendo las tarjetas y un poco extrañada.)* ¿A estas horas? A ver, a ver... *(Lee las tarjetas, y hace un gesto de sorpresa.)* ¡Eh!
- LUCIO. *(Un poco alarmado, a Margarita.)* ¿Alguna novedad, señora?
- MARGARITA. El Barón y su tío.
- LUCIO. *(Muy natural y sonriente.)* Claro, señora. Si faltaba esta última entrevista para ustedes.

- MARGARITA. ¿Qué quiere usted decir?
LUCIO. *(En voz baja y misteriosamente.)* El cisco que han tenido con María Luisa ha debido ser enorme, y vienen ahora a llevarse su palabra de que ustedes se van de Fuenterrabía en seguida, para que María Luisa no vuelva a ver más a Alfredo y no se repitan las broncas.
- MARGARITA. En esto, puede que tenga usted razón.
LUCIO. ¡Oh! ¡Los conozco muy bien! Soy un gran psicólogo, señora.
- MARGARITA. Entonces, es que desconfían, ¿no es eso?
LUCIO. Efectivamente, señora; esa es la palabra. *(Quédase pensativo.)*
- MARGARITA. Pues muy bien. *(Al Criado.)* Dígales...
LUCIO. *(Aparte, y dándose un golpe en la frente.)* ¡Ay, qué idea tan feliz!
- MARGARITA. *(A Lucio, extrañada.)* ¿Qué le sucede a usted?
LUCIO. Nada, señora, nada. Ya lo sabrá usted a su debido tiempo.
- MARGARITA. Bien, bien. Ahora le ruego que no diga nada a mi hijo de la visita de estos señores, ¿eh?
LUCIO. *(Radiante de felicidad, haciendo cábalas y aparte.)* Sí, claro. Muy bien... de esa manera, estupendo.
- MARGARITA. *(A Lucio.)* ¿No me oye usted?
LUCIO. Sí, sí. Ya la he oído. Nada diré a Alfredo.
- MARGARITA. *(Al Criado.)* Diga usted a esos caballeros que hagan el favor de pasar aquí, y que esperen.
- CRIADO. *(Con una reverencia, iniciando mutis por donde entró.)* Como ordene la señora.
- LUCIO. *(Al Criado.)* ¡Eh, oiga!
CRIADO. Mande el señorito.
- MARGARITA. *(Haciendo mutis por segundo término derecha, a Lucio.)* Hasta ahora, Lucio.
- LUCIO. *(Con una reverencia.)* Hasta ahora, señora. *(Al Criado.)* Un momento, jovenzuelo.
- CRIADO. Sí, señorito.
- LUCIO. *(Se sienta en el despacho y en una tarjeta suya de visita escribirá unas líneas. Criado mirará indiscretamente lo que escribe Lucio, y éste le sorprende, e irónico a él.)* ¡Hola!... Aquí estamos.
- CRIADO. *(Avergonzado, retirándose.)* No, si yo...
LUCIO. *(Que ha terminado de escribir la tarjeta, dándosela a leer.)* Tome, lea, lea si quiere.
- CRIADO. *(Doblemente corrido.)* No... si es que yo, señorito, era que...
- LUCIO. Aquí hay sobres. *(Coge un sobre que habrá en el despacho, pone la dirección, mete en él la tarjeta y lo cierra. Dándoselo al Criado.)* Tome usted, guárdese bien este sobre.
- CRIADO. *(Guárdase el sobre.)* Sí, señorito.
- LUCIO. Perfectamente. Una vez que cumpla usted las órdenes de la señora, sin pérdida de tiempo y sin que nadie se aperciba, lleva usted esa carta a su destino. Es muy cerca de aquí, ¿sabe?
- CRIADO. Sí, señorito.

- LUCIO. Pues en cumplir bien este mensaje le va a usted el agradecimiento de todos nosotros. Ya lo sabe
- CRiado. Muy bien, muchas gracias.
- LUCIO. *(Al Criado, echándose mano al bolsillo como para darle una propina.)* Oiga, tome.
- CRiado. *(Acercándose.)* Mil gracias, señorito.
- LUCIO. *(Yéndose.)* O si no, luego, luego. *(Mutis Lucio por la derecha foro, y Criado por primer término izquierda. Un momento queda la escena solitaria, y después entran, por primer término izquierda, Don Antonio y el Barón del Sauce. Don Antonio vestirá "smoking"; como siempre, muy afeitado y ahora muy elegante. Dará la sensación de juventud; flor en el ojal. El Barón viste como siempre, muy elegante.)*
- CRiado. *(Desde la izquierda y luego hace mutis por la derecha, con una reverencia a Don Antonio y el Barón.)* La señora ruega a los señores tengan la bondad de esperar unos instantes.
- DON ANTONIO. *(Amable.)* Sí, está bien. *(Criado, con una reverencia, hace mutis por la derecha. Una vez que el Criado haya hecho mutis, Don Antonio observará la escena, aprobando, con sus gestos, cuanto ve.)*
- BARÓN. *(A Don Antonio.)* Comprenderás, mi querido Antonio, que esta mujer debe de estar muy indignada con nosotros.
- DON ANTONIO. *(Sin darle importancia.)* Sí, claro...
- BARÓN. Y tan claro se ve. Nos hace esperar en el hall, ahora aquí... Seguramente que se estará preparando para ofenderme nuevamente.
- DON ANTONIO. *(Sonriendo.)* Bueno, ¿y qué le vas a hacer?... Aunque me resisto a creerlo en esa señora.
- BARÓN. Tú no la conoces. ¡Si la hubieses escuchado cuando nos quedamos solos esta tarde!...
- DON ANTONIO. Tal vez no le faltara razón.
- BARÓN. ¡Cómo!
- DON ANTONIO. Perdona; quise decir que, como tú fuiste quien me hizo saber todos los antecedentes de ella y de su hijo, es muy natural que se indigne, no solamente contigo, sino conmigo también. Por otra parte, como contigo tiene más confianza... Me figuro cuanto te ha podido decir. Era muy grande y muy reciente aún el golpe que había llevado la pobre señora.
- BARÓN. Bien, bien: a todo esto aún no me has dicho a qué conduce esta visita.
- DON ANTONIO. Pues, sencillamente, a hablar con ella; saber si, efectivamente, piensan marcharse mañana a Madrid.
- BARÓN. Pues con que mañana, con cualquier pretexto, hubieras mandado a una persona a averiguarlo, podrías evitarte esta visita.
- DON ANTONIO. Verdad, sí. Pero es que yo quiero hablar con esa pobre madre. Al fin, se trata de una mujer que, si mucho hay que compadecerla, mucho más hay que admirarla.

- BARÓN. (*Interesado, observando fijamente a Don Antonio.*) Sigue, sigue...
- DON ANTONIO. Comprende que hemos obrado duramente con ella, que nadie sabe el esfuerzo que supone en una mujer que de la noche a la mañana se ve en el mundo como se vió esta señora para hacer frente a la vida y triunfar, como ha triunfado!... Reconoce que no es una mujer vulgar.
- BARÓN. A tí te ha interesado, ¿verdad?
- DON ANTONIO. Entiéndeme... Me interesa la felicidad de María Luisa. Y suponte que, por yo haber rechazado a este muchacho, mi hija no fuese feliz con otro hombre. Entonces había de ser para mí un cargo de conciencia muy grande. Compréndeme: quiero ser padre, ante todo.
- BARÓN. Quizá te comprenda demasiado. Eso que acabas de decir, no es lo mismo que pensabas antes de haber conocido a Margarita.
- DON ANTONIO. (*Un poco alarmado.*) ¿Qué quieres decirme?
- BARÓN. (*Seramente.*) Lo que a tí mismo te da reparo confesar. Si tú quieres consentir que tú hija se case con Alfredo, bien puedes hacerlo, y yo no lo he de censurar. Pero tú, Antonio, no vienes a esta casa, ahora, por la felicidad de tu hija, ni mucho menos por la pena que te pudiese inspirar esa madre; sino que vienes por tus sentimientos, que algo hemos de llamarlo... por la mujer.
- DON ANTONIO. ¿Qué dices, hombre?
- BARÓN. Eso es: hombre. Que eres hombre... debiendo ser ahora padre de María Luisa, consintiendo o no en esa unión.
- DON ANTONIO. (*Riéndose forzadamente.*) ¿Qué cosas tienes!... ¡Y qué en serio lo tomas todo! Bien es verdad que te conozco y...
- BARÓN. (*Atajándole.*) Quédese eso para los jóvenes de veinte años. En nosotros, a nuestra edad, resultan "ridículas" ciertas bromas, ciertas pretensiones... Tú me entiendes.
- DON ANTONIO. (*Viendo que va a entrar por la derecha Margarita. En voz baja, al Barón.*) Calla, ya viene. (*Aparecerá en este momento, por la derecha, Margarita. Lleva un elegante vestido de noche, si no muy escotado, sí rico y llamativo, muy distinto en todo al que antes vistió. También parecerá, y lo ha de estar, efectivamente, más deslumbradora que en el acto anterior. Es ahora cuando efectivamente púedesele llamar una real señora. La actriz que encarne este personaje, puede percatarse que, para el cambio de vestido, medida la escena, dispone tan sólo de ocho minutos.*)
- MARGARITA. (*A Don Antonio y al Barón, en tono afectuosísimo, casi jovial.*) Buenas noches, señores.
- BARÓN. Buenas noches, Margarita.
- DON ANTONIO. (*Muy galante, yéndole a besar la mano.*) ¿Cómo está

- usted, señora? Perdóneme que la hayamos molestado esta noche.
- MARGARITA. ¡Oh!, por Dios, nada, nada de molestias. Siéntense, háganme el obsequio. (*Lo hacen los tres.*)
- DON ANTONIO. Mil gracias.
- BARÓN. Muchas gracias.
- MARGARITA. Pues ustedes me indicarán a qué debo el honor de ser visitada a estas horas...
- DON ANTONIO. (*Con impropio azoramiento en un señor como él, pero sí muy propio de la situación.*) Verá usted, señora. Aquí, el Barón, me ha indicado que ustedes piensan marcharse mañana a Madrid.
- MARGARITA. En efecto, así lo hemos acordado.
- DON ANTONIO. Pues es el caso que...
- MARGARITA. Dígame lo que sea, pero sin ambajes ni rodeos, se lo ruego. ¿Se trata de nuestra presencia en Fuente-rrabía?
- DON ANTONIO. Sí, señora, es precisamente por eso que nos hemos permitido molestarla.
- MARGARITA. Pues no creo que tengamos nada que hablar; ya sé que es necesario e indispensable que mi hijo y yo partamos mañana, a más tardar, de aquí; y estamos resueltos a ello. ¿Es esto o no lo que querían ustedes saber de mí?...
- DON ANTONIO. No, señora. Todo lo contrario. Se trata de evitar que se vayan ustedes.
- MARGARITA. En ese caso... ustedes dirán.
- BARÓN. Verá usted, Margarita...
- DON ANTONIO. Sí, mejor, dilo tú. (*Margarita les mira sin comprender.*)
- BARÓN. Primeramente debemos darle nuestras excusas por el disgusto que le hayamos originado esta tarde.
- MARGARITA. No pretenderán ustedes ahora enconar la herida.
- BARÓN. No, no es ese el camino, créalo. Y, para terminar, entienda, Margarita, que el cariño que se profesan los muchachos se ha impuesto de tal forma en nosotros, mejor dicho, aquí, en mi amigo, que rompiendo cuerdamente esa estúpida cadena de prejuicios que se interponía a la felicidad de ellos, ha decidido admitir a Alfredo en su familia.
- MARGARITA. (*Gratamente sorprendida.*) ¿Eh? Entonces es que usted...
- DON ANTONIO. Sí, señora, consiento. Ha podido una vez más el amor. Crea en mi sencillez, en mi buena fe al comunicárselo, y dígaséle a su hijo, a quien desde hoy sabré querer como a mío.
- MARGARITA. Yo nos sé qué decir a ustedes. Acaban de proporcionarme una alegría tan grande que no sabré nunca cómo pagar.
- BARÓN. Sí, Margarita. Y ahora me toca a mí reconocer que, si por error pude aconsejar a mi amigo desfavorablemente para ustedes, después de haber hablado con usted esta tarde, he sido también el primero en aprobar el consentimiento para esa unión, para lo cual se oponía el escrúpulo de admitir en la

familia a quien tuvo la desdicha de nacer... donde nació.

DON ANTONIO. En fin, quede todo arreglado y no se hable más del asunto.

BARÓN. Por mí, acabó.

MARGARITA. (*Conmovida pero contenta.*) Muchas gracias, barón, muchas gracias. ¡Si se diesen ustedes cuenta de la alegría tan grande que me han proporcionado con esta visita?

DON ANTONIO. También nosotros participamos de esa alegría.

MARGARITA. En fin, ahora no me queda otro remedio, mejor dicho, es un deber en mí hacerles los honores de mi casa para que tomen ustedes posesión de ella. ¿Quieren ustedes pasar por aquí? (*Indica primer término derecha.*)

DON ANTONIO. Con mucho gusto.

MARGARITA. Vamos. (*Van haciendo mutis por primer término derecha. A Don Antonio, con una sonrisa si no irónica, que demuestre querer adivinar la intención de Don Antonio.*) Y dígame, don Antonio. Usted... claro, habrá comprendido que no se trataba solamente de su hija y de la madre de Alfredo. El papel lo han jugado dos mujeres. Dos mujeres que han sufrido por su pasión: una, dolor del corazón, y por su amor de madre la otra. Ahora bien; su hija es siempre su hija, y... usted me entiende.

DON ANTONIO. Sí, Margarita; tiene usted mucho talento. Me ha comprendido usted. (*Desaparecen de escena cuando diga Margarita las últimas frases, de suerte que lo que diga Don Antonio se ha de oír fuera de escena. Unos segundos queda la escena solitaria y seguidamente entra, por primer término izquierda, o sea por donde está el biombo, Criado, que todo seguido mirará un momento la estancia y hará mutis por foro derecha. En seguida volverán a entrar también por foro derecha Lucio y Criado.*)

LUCIO. (*En voz baja.*) ¿De manera que están abajo?

CRiado. Sí, señorito Lucio. Cuando llegué me dijeron que estaban ya en sus habitaciones para acostarse.

LUCIO. Bien, bien; el caso es que están ya ahí.

CRiado. Sí, señorito.

LUCIO. Pues ahora, sin pérdida de tiempo, hágales venir aquí.

CRiado. (*Mismo juego de la propina.*) Bueno, tenga, o si no luego, luego... (*Mutis Criado primer término izquierda.*)

LUCIO. (*Frotándose las manos satisfecho, y mirando por las puertas, en voz baja.*) ¡Esto marcha, esto marcha!... ¡Qué idea tan genial la mía!... Porque como les sorprendan a los dos aquí, los casan. ¡Vaya si los casan! (*Entran por primer término izquierda Criado, María Luisa y la Abuela; ésta del brazo de María Luisa.*)

CRiado. (*A María Luisa y la Abuela.*) Por aquí, pasen ustedes.

- LUCIO. ¡Oh! ¿Ya están aquí?...
- ABUELA. ¿Pero qué sucede?
- LUCIO. (*Al Criado.*) La misión de usted, de momento, ha terminado. Con que lárguese y espere en el hall, tal vez lo necesite, ¿sabe?...
- CRiado. (*Reverencia.*) Sí, señorito. (*Mutis primer término izquierda.*)
- MARÍA LUISA. (*A Lucio, una vez que haya hecho mutis el Criado.*) ¿Quieres decirnos, Lucio?...
- LUCIO. ¡Chist, baja la voz!
- MARÍA LUISA. (*En voz baja.*) Que nos digas para qué nos has llamado con tanta urgencia y entramos aquí con tanto misterio.
- ABUELA. ¿No es esta la casa de Alfredo?
- LUCIO. Sí.
- MARÍA LUISA. Entonces, ¿nosotras a qué venimos?...
- ABUELA. ¡Esta es alguna nueva locura tuya!
- MARÍA LUISA. (*Algo apurada.*) ¡Ay, abuelita!... ¡Me parece que hemos hecho muy mal en venir!
- LUCIO. (*Imponiéndose un poco.*) ¡Pero dejadme hablar, hacced el favor!...
- ABUELA. Habla.
- MARÍA LUISA. Dí lo que sea.
- LUCIO. Vereis; es una idea genial que sólo a mí se me ha ocurrido.
- MARÍA LUISA. (*Apuradísima.*) ¡Ay, abuela! ¡Qué idea será esa! ¡Vámonos, vámonos de aquí!
- LUCIO. ¡Atiende, no seas tonta!... ¡Que de esto depende tu felicidad! ¡Confía en mí una sola vez, por lo menos!
- ABUELA. (*A Lucio.*) Bueno, dí lo que sea.
- LUCIO. Tu padre y el Barón están aquí.
- ABUELA. (*Y María Luisa, a un mismo tiempo.*) ¿Eh? ¿Cómo!
- LUCIO. ¿Qué es lo que yo siempre he dicho? Que no consentían el matrimonio por egoísmo; lo mismo tu padre que la madre de Alfredo. Está claro, no les convenía que os casarais. Bueno, pues ahora no van a tener más remedio que chincharse, porque de esta os casan...
- ABUELA. ¿Qué dices?
- LUCIO. Lo que estais oyendo. (*Marcando las frases.*) ¡Que se reventarán! ¡Que no tendrán más remedio que casaros! ¡Que se impone el... bueno! ¡Sí, señor, que se impone!
- ABUELA. ¡Dios mío, este ignora todo!
- MARÍA LUISA. Y para ello, ¿qué es lo que te has propuesto hacer?
- LUCIO. Por el pronto, os vais a quedar aquí, en el biombo. En seguida vendrá Alfredo, y cuando yo me haya marchado y él se siente a trabajar, sales tú, le sorprendes... y os decís todo lo que os tengais que decir. Eso yo no lo sé, ni me importa.
- MARÍA LUISA. ¿Pero Alfredo sabe que estamos aquí?
- LUCIO. No, lo ignora. ¿No te digo que lo has de sor-

prender? (*Entra en este momento, por foro derecha, Alfredo.*)

ALFREDO. (*A Lucio, y sin haber visto a María Luisa y la Abuela.*) Oye, Lucio. (*Viendo a ellas, extrañadísimo.*) ¡Eh! ¡María Luisa, abuela!...

LUCIO. (*A María Luisa.*) Ya no lo ignora. (*Aparte.*) ¡Se me chafó el plan!

ALFREDO. (*A Lucio.*) ¿Pero qué significa esto?

LUCIO. ¡Que no puede ser! ¡Que tengo el cenizo en cuanto planeo algo!... ¡Que mi estrella es una estrella de varieté!

ALFREDO. (*A la Abuela.*) Por favor, señora, dígame a qué obedece el hallarse ustedes aquí.

ABUELA. Si no sabemos nada.

MARÍA LUISA. Lo mismo que tú. Hace unos momentós nos mandó llamar Lucio a toda prisa.

ALFREDO. (*A Lucio, serio.*) Mira, Lucio, aclara esta situación. Haz el favor, hombre.

LUCIO. (*Vivamente animado.*) Escúchame, que aún se puede llevar a cabo mi plan.

ALFREDO. Pero, ¿de qué se trata?

LUCIO. De que me debais vuestra felicidad. ¡Que os casen! Fíjate bien: ¡que os casen!...

ALFREDO. Bien, bien, pero explícate.

LUCIO. Pues, sencillamente: vosotros os quedais aquí y la abuela y yo detrás del biombo. Y una vez que... (*Entran en este momento, por foro derecha, Margarita, Don Antonio y el Barón.*)

MARGARITA. (*Al ver a los que están en escena.*) ¡Eh!... (*Quédanse todos dominados por la embarazosa situación.*)

LUCIO. (*Iniciando mutis por primera izquierda.*) ¡Tanto gusto en verlos buenos!

ALFREDO. (*A Lucio.*) Tú te quedas aquí. (*Le sujeta.*)

LUCIO. (*Seriedad cómica.*) Déjame, que mi tío me va a linchar.

DON ANTONIO. (*A la Abuela.*) ¿Qué significa esto?

ABUELA. Eso es lo que hace buen rato nos estamos preguntando: ¿qué significa esto?...

MARGARITA. ¡Explicanos, Alfredo!

ALFREDO. El único que ha de explicarse es Lucio.

LUCIO. ¡Yo no sé nada!... ¡A mí no me pregunten ustedes nada. (*Aparte.*) Yo me largo. (*A todos, iniciando nuevamente el mutis.*) Buenas noches.

ALFREDO. ¡Que no te vas!

BARÓN. Por lo visto, Lucio ha comprendido nuestras intenciones al venir a esta casa y se ha apresurado a traerlas a ustedes para hacerlas saber la nueva. (*Encarándose con el Barón.*) Ni yo he comprendido sus intenciones, ni me he apresurado a nada por esa nueva o vieja que usted dice. (*Aparte.*) ¡Pel-mazo!...

ABUELA. Antonio... quisiera comprender que...

DON ANTONIO. Sí, madre, consiento.

MARÍA LUISA. ¡Papá!

ALFREDO. ¡Don Antonio!... ¿Y tú, mamá?

- MARÍA LUISA. ¡Señora!... (*Sin hablar palabras con que expresarse por la emoción que les embarga.*)
- MARGARITA. ¡Hija mía!... Puedes llamarme mamá.
- MARÍA LUISA. ¡Gracias, mil gracias, señora! Y a tí, papá, no sé qué decirte... ¡Me haces feliz!...
- DON ANTONIO. ¡Hija mía!... (*Se besan.*)
- ABUEL. (*Enternecida.*) Dios lo ha querido.
- LUCIO. Dios y la Virgen; pero que conste que yo también, ¿eh?...
- DON ANTONIO. Por fin, venció el amor. (*A la Abuela.*) Y a ti, ¿qué te parece?...
- ABUELA. (*Maternal.*) Que también en tí ha vencido el amor: el amor de esta mujer. Ella es buena. Tú eres hombre y aún tienes derecho a aspirar a la mujer. Deja para siempre rotas esas cadenas que en la vida vuestra puso la sociedad. Obra siempre así, que al hacerlo es Dios quien te guía. (*Conmovida y llorando.*)
- MARGARITA. ¿Llora usted?
- MARÍA LUISA. ¿Por qué lloras, abuelita?
- ABUELA. (*Todos los personajes pendientes de lo que diga la Abuela.*) De alegría, tonta, ¿no ves que todos somos dichosos cuando son felices los buenos de corazón?
- LUCIO. (*Cómicamente conmovido.*) ¡Qué grande eres, abuela: déjame que te abrace! (*Va a abrazarla y la Abuela parece resistirse débilmente. Telón rápido.*)

FIN DE LA COMEDIA

- PRECIO -

3 pesetas

Ejemplar